





# **OTRAS HISTORIAS**

**Luis Britto García, Cristina Fallarás,  
Joe Haldeman y José Carlos Somoza**

© Luis Britto García, Cristina Fallarás, Joe Haldeman y  
José Carlos Somoza.

Abril 2014

**Esta es una publicación de la Delegación Azcapotzalco y  
Para Leer en Libertad A.C.**

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com  
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Salvador Vázquez.  
Antologadores: José Ramón Calvo, Paloma Saiz, Salvador Vázquez y  
Paco Ignacio Taibo II.  
Formación y diseño de portada: Daniela Campero.

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el DF será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.





## QUÉ, CUÁNDO, DÓNDE, QUIÉN, CÓMO, POR QUÉ

LUIS BRITTO GARCÍA

### QUÉ

El partido minoritario Voluntad Popular pretende sustituir al Presidente legítimamente electo con “la salida” hacia un “Gobierno de Transición” no elegido por nadie. El 12 de febrero convoca ante la Fiscalía General de la República una manifestación “contra la inseguridad” que culmina en intento de quemar el edificio, incendio de vehículos y tiroteo que causa dos muertos y treinta heridos. Grupos terroristas hacen cortes viales y secuestran a los vecinos, destruyen más de medio centenar de unidades de transporte colectivo, sabotean centrales eléctricas, destruyen locales de 15 universidades, saquean, cobran peaje y asesinan a balazos a agentes del orden y vecinos que intentan restablecer la vialidad.

## CUÁNDO

Después de que el bolivarianismo gana en las elecciones de diciembre el 76.42% de las alcaldías, conquistando 256 municipios de 335. Después de que el Gobierno otorga a los empresarios 60,000 millones de dólares a tasa preferencial para importaciones indispensables, que estos disipan en importaciones ficticias. Después de acaparamientos masivos por comerciantes que crean desabastecimientos estratégicos. Después de que el Gobierno enfrenta la guerra económica con una Ley de Precios Justos que prohíbe las acostumbradas ganancias empresariales de 200%, 300%, 1,500% y hasta 15,000%.

## DÓNDE

En 19, luego nueve y finalmente uno de los municipios con mayoría de clase media dominados por alcaldes opositores, quienes con sus policías locales protegen a quienes secuestran a los vecinos hasta que una sentencia del TSJ lo prohíbe (no hay corte vial en el Country Club o La Lagunita). En estados fronterizos, cundidos por la infiltración paramilitar, escenarios de un proyecto secesionista.

## QUIÉN

Los medios internacionales los presentan como estudiantes. Algunos hay, enviados en primera fila para proporcionar las víctimas. Pero pocos están entre ellos, del 79% de los jó-

venes entre 14 y 24 años que estudia; del 67% que lo hace en instituciones gratuitas; del 90% que considera que los estudios le aportan muchas o bastantes oportunidades; del 73% que aprecia que el mejor sistema es la bolivariana democracia participativa; del 60% que piensa que el mejor sistema económico es el socialista (GIS XXI). Sólo un tercio de los violentos arrestados son estudiantes. De cinco detenidos con armas por el cuerpo de vigilantes de la UCV, ninguno pertenecía a esa casa de estudios, y sólo uno era estudiante.

## CÓMO

Pasando de la manifestación “pacífica” al secuestro masivo de vecinos, el saqueo, el cobro de peaje, el incendio, la destrucción de 15 sedes universitarias gratuitas, el envenenamiento de aguas con gasoil y el asesinato. Distribuyendo generosamente 1’338,331 dólares que según su informe anual la NED destinó a Venezuela en 2012, más las cataratas de divisas del año pasado y presente y las canalizadas mediante ONG financiadas con ellos. Alquilando sicarios, paramilitares y azotes de barrio que tras su captura confesaron haber sido pagados a mil bolívares por día. Colicando 87 periódicos de la SIP y los cinco megamonopolios mediáticos del mundo contra Venezuela.

## POR QUÉ

Porque Venezuela es el país con mayores reservas de hidrocarburos y controla su propia industria. Porque aplica sus recursos para lograr los más altos niveles de igualdad y de-

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

sarrollo humano de la región. Porque promueve una diplomacia multipolar y de alianzas continentales como la Alba, Unasur y la Celac, opuestas al intervencionismo de Estados Unidos. Porque después de los fracasos de Siria y Crimea, Estados Unidos quiere desquitarse con lo que la oposición le pintó como negocio hecho y ha resultado hueso imposible de roer. Porque después de perder 18 de 19 consultas electorales inobjetables, la oposición busca arrebatarse lo que no ha podido ganar por el voto con el golpe de Estado, el terrorismo y la intervención extranjera.

## DIEZ MANDAMIENTOS PARA LA COMUNICACIÓN REVOLUCIONARIA

LUIS BRITTO GARCÍA

1. Revolución es innovación: un medio revolucionario innova en el fondo y en la forma. Ejemplo: El cine soviético, el muralismo mexicano, la trova cubana.

2. La comunicación revolucionaria es el sistema educativo de toda la sociedad. Ejemplo: Así como el aparato de comunicación privada sostiene el capitalismo promoviendo falsedades, vicios, codicia, consumismo, globalización y superstición, el revolucionario promoverá el socialismo transmitiendo conocimiento, valores, solidaridad, productividad, identidad y ciencia.

3. No repetiremos en los medios revolucionarios calumnias y mentiras de la derecha. Ejemplo: Al comentar este precepto no mencionamos ninguna de las falsedades de la oposición.

4. No prestaremos relieve ni resonancia a figuras insignificantes polemizando con ellas ni mencionándolas en forma saturativa. Ejemplo: En el boxeo el campeón pelea con el contendiente, y no con el *second*. La propaganda de

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

Colacola no dice: No beba Sevensseven, sino Beba Colacola. Algunas publicaciones culturales son *Panteón de Dientes Rotos de las Reputaciones Consagradas y las Nulidades Engréidas de la derecha*. Eduardo Galeano sostiene que los compañeros cubanos han convertido a una anodina disidente en figura mundial a fuerza de mencionarla en sus bloqueados medios.

5. Un sistema de comunicación revolucionaria debe ser fuente continua de datos concretos, objetivos, oportunos y actualizados sobre la realidad. Ejemplo: Cuatro días después de las elecciones del 8 de diciembre todavía la página web del CNE no incluye el segundo boletín, si es que lo hubo, ni totalizaciones a nivel nacional. Un año después del arranque de la Guerra Económica, todavía no sabemos el nombre de empresas y empresarios que obtuvieron 60,000 millones de dólares preferenciales para importaciones que nunca realizaron. Cuatro años después de 2009 todavía no tenemos cifras reales del verdadero número de homicidios en Venezuela, sino una absurda encuesta de Percepción de Inseguridad, la cual percibe que ese año ¡21,132 homicidios produjeron 19,113 víctimas! Inconcebible disparate gracias al cual nos perciben como el segundo país más inseguro del mundo.

6. No copiaremos los peores rasgos de los medios de comunicación de la ultraderecha: Ejemplo: La interrupción repetida, la cuña machacona y sin imaginación, el aumento de volumen del audio al pasar propaganda, el autosabotaje de llenar la pantalla de logos, letreros, cintillos, ventanas y ventanillas que impiden saber qué se está transmitiendo, la interrupción de la interrupción de la interrupción. No se

puede transmitir un mensaje distinto del de los medios comerciales utilizando sus mismos códigos.

7. No dejaremos que la programación sea sabotada por una competencia de figurones pugnando por aparecer asomados en medio de los programas de mayor audiencia. Ejemplos: Sobran.

8. No imitaremos a la derecha en la creencia de que la figuración mediática sustituye al trabajo político. Ejemplos: Sobran.

9. Comunicación revolucionaria debe ser sinónimo de excelencia. Ejemplo: La izquierda dispone de la más deslumbrante mayoría de poetas, narradores, dramaturgos, guionistas, actores, cineastas, directores, documentalistas, músicos, ensayistas, pintores, muralistas, escultores, arquitectos y analistas críticos del país ¿Por qué no utilizarlos?

10. Usaremos a plenitud los medios de que disponemos. Ejemplo: El pueblo desprovisto de medios improvisó en minutos una red de noticias verbales y de celulares que hizo fracasar en horas el golpe de Estado del 2002. El sistema de medios públicos debe articular en semanas una estrecha cooperación y colaboración con el de medios alternativos y comunitarios. El bolivarianismo podría usar los satélites de que dispone para articular en meses una red nacional, latinoamericana y mundial de contenidos progresistas.

## LA VERDAD SOBRE LA INSEGURIDAD

LUIS BRITTO GARCÍA

La manifestación que intentó destruir el edificio de la Fiscalía el 12 de febrero con saldo de dos muertos, seis decenas de heridos y cinco vehículos incendiados decía protestar contra la inseguridad.

Las cifras sobre la inseguridad en Venezuela vienen de una Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de Seguridad Ciudadana 2009, (Caracas, mayo 2010) realizada por el INE, que entre otras inconsistencias percibió que ese año 21,132 homicidios habrían causado sólo 19.113 víctimas, y nos asignó una exorbitante tasa de 75,08 homicidios por 100,000 habitantes.

Pero basándose en el conteo real y objetivo de cuerpos del delito, el ministro del Poder Popular para Interior y Justicia Rodríguez Torres declara el 28 de diciembre de 2013 que la tasa real de homicidios para ese año es de 39 por cada cien mil habitantes, casi la mitad de la percibida por encuestas (AFP).

La divulgación de estas cifras desmontaría por sí sola la campaña de pánico fraguada por medios de comu-

nicación y ONGs, según las cuales la tasa de homicidios en nuestro país sería más del doble de la de Colombia y más de cuatro veces la de Irak (Crisis Group N° 38, 17 de agosto 2011). Pero por una u otra razón los medios de servicio público no han divulgado la verdad con el énfasis suficiente.

Parece que nuestro país hubiera sido víctima durante un quinquenio de una operación de Guerra Psicológica para exacerbar el pánico y detonar violencias contra la inseguridad destinadas en realidad a derrocar por el terror al gobierno bolivariano democráticamente electo, que en las últimas elecciones obtuvo el 75% de las alcaldías, con una ventaja de diez puntos y medio del total de los votos sobre la oposición.

### *Terrorismo contra democracia*

Todos los que han seguido las agresiones violentas en Venezuela habrán advertido las siguientes características:

— Se focalizan primero en 19, luego en nueve y finalmente en seis y en dos municipios de clase media o media alta, gobernados por alcaldes opositores, algunos en estados fronterizos.

— Los alcaldes opositores y sus policías municipales fomentan y protegen las violencias, al punto de que agentes de la Policía de Chacao asesinan a una agente del Servicio Bolivariano de Inteligencia que detiene a uno de los violentos, y se hace necesario que el Tribunal Supremo de Justicia, respondiendo a demandas de sus vecinos, inste a las alcaldías a abrir las vías bloqueadas.

— Los participantes se presentan ante los medios como jóvenes estudiantes, pero luego son suplantados por adultos,

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

encapuchados y marginales, al extremo de que de 1,529 detenidos en un mes de violencias, (la inmensa mayoría liberados a las pocas horas) sólo un tercio son estudiantes.

— En lugar de manifestar pacíficamente, los violentos cortan las vías en las alcaldías opositoras, impiden por la fuerza el paso a los vecinos y los secuestran en sus hogares, los asfixian quemando basura y destruyen árboles, señalizaciones, edificios públicos, instalaciones eléctricas y telefónicas, transportes colectivos y de alimentos.

— Los terroristas recurren a la amenaza, la agresión física y al asesinato con disparos en la cabeza y tiros por la espalda y trampas contra personas, para finalmente progresar hacia el saqueo y el cobro de peaje.

— Los terroristas utilizan armas de fuego con mirillas láser, son seguidos por sombras que recogen los casquillos para evitar la identificación de las armas, y esgrimen artefactos para destruir neumáticos, bombas de fragmentación y trampas contra personas.

— Se pertrechan regularmente de dinero, alimentos, ropas, capuchas, sustancias incendiarias y armas en centros de acopio cercanos a los disturbios, algunos de los cuales han sido allanados en jurisdicción de las alcaldías opositoras.

— Las arremetidas terroristas recurren durante cuatro semanas, periodo inusual para manifestaciones espontáneas, que por el contrario evidencia una coordinación, organización, entrenamiento y financiamiento de largo alcance.

— Las acciones terroristas no tienen una finalidad en sí mismas, sino la de simular para los medios un escenario de supuesta guerra civil en seis y finalmente dos de los 335 municipios de Venezuela.

Las mencionadas son prácticas, tácticas o logísticas que no presentan ni la más remota semejanza con las de un movimiento estudiantil o juvenil.

Mucho menos había contado ningún movimiento juvenil del mundo con el sospechoso y automático respaldo de la Sociedad Interamericana de Prensa, la cual dedica en todos sus diarios afiliados una página diaria a denigrar da Venezuela; ni de la inmensa mayoría de los medios privados, que exaltan los delitos de los opositores mientras ocultan las masivas y contundentes manifestaciones por la paz de las mayorías bolivarianas.

Y en ningún caso movimientos estudiantiles o juveniles aceptarían ni gozarían del apoyo del ex presidente colombiano Uribe, quien trata de recoger un millón de firmas contra nosotros; del presidente de la OEA, el cual intentó enviar una comisión investigadora al país; del Alto Comisionado de Derechos Humanos de la ONU quien pide a Venezuela que enjuicie a los responsables de ataques contra manifestantes antigubernamentales (<http://www.ultimasnoticias.com.ve/noticias/actualidad/politica/onu-pide-a-venezuela-enjuiciar-la-muerte-de-manife.aspx#ixzz2tX88l5ZO>); del secretario de Estado estadounidense, y de la Cámara de Representantes de ese país, la cual deplora la inexcusable “violencia perpetrada contra líderes opositores y manifestantes en Venezuela”.

Ni uno solo de tales organismos y políticos se han movilizado jamás a favor de jóvenes ni estudiantes: siempre lo han hecho a favor de intervenciones imperiales atroces contra gobiernos democráticos o nacionalistas.

Mediante la perpetración de actos violentos, terroristas encapuchados sólo intentan justificar un golpe de Es-

---

5<sup>a</sup> Feria del libro en Azcapotzalco  
tado, una intervención extranjera, o el establecimiento de un territorio liberado que legitime una secesión de los ricos estados fronterizos.

### *Terrorismo de alquiler*

Hace una década alerto contra una infiltración paramilitar que suplanta al hampa criolla, domina comercio informal y contrabando de extracción, impone retenes cobra vacunas, trafica personas y estupefacientes, legitima capitales, regenta bingos y casinos, compra empresas de transporte y de producción, asesina sindicalistas agrarios y urbanos, y que podría impedir la movilización popular (*La paz con Colombia*, Caracas, Ministerio de Comunicación e Información, 2008). He reiterado la advertencia en libros como *La cuestión colombo-venezolana*, en colaboración con Iraida Vargas, Mario Sanoja, Eva Golinger, Miguel Ángel Pérez Pirela y Sergio Rodríguez, con prólogo de Piedad Córdoba, Caracas, Editorial Ipasme, 2012, y *La invasión paramilitar. Operación Daktari*, en colaboración con Miguel Ángel Pérez Pirela, Caracas, Correo del Orinoco, 2012.

Estamos ante la materialización de estas advertencias. Una red de agentes de perturbación focalizados en las principales alcaldías opositoras no podría sostenerse durante casi un mes sin apoyo de una compleja red terrorista. Lo advierte también en inteligente artículo Julio Escalona:

4) *El capital financiero transnacional se ha ido asociando al narcotráfico, tráfico de armas, de personas, lavado de dinero, comercio de esclavos, etc. Es probable que en lo descrito se pueda estar dando un vínculo entre sectores financieros asociados a la oposición*

*de extrema derecha, precisamente, con el crimen transnacional y los problemas de seguridad que azotan a la sociedad venezolana y a otras de nuestro continente latinocaribeño. Esa asociación es otra de las fortalezas de la derecha fascista que se mueve en Venezuela.*

*Por esas y otras vías el capital financiero se relaciona con la formación de grandes ejércitos privados y en general con la privatización de la guerra. Esos ejércitos privados han participado en las guerras de Irak, Afganistán, Libia, Siria, Colombia; en la desestabilización de gobiernos, invasiones, sicariato, atentados, sabotaje... Son ejércitos de mercenarios, que eufemísticamente son llamamos contratistas civiles.*

*El microtráfico de drogas es una variante del crimen transnacional, que como ya señalé se relaciona con la formación de pandillas, con los enfrentamientos entre ellas, la generalización de atracos, secuestros exprés, el sicariato y las más diversas formas de criminalidad. Esta es una de las raíces de los problemas de seguridad en Venezuela, México, Colombia, EEUU... Por supuesto, la seguridad tiene raíces internas (aun cuando hoy día es muy difícil definir la frontera entre lo interno y lo externo); pero las redes del crimen transnacional se van extendiendo por los intersticios de la sociedad venezolana. No es una simple amenaza circunstancial. Tiene una tremenda significación estratégica como grave amenaza a la seguridad del Estado, a la estabilidad de las instituciones y para la paz y la vida cotidiana de nuestra sociedad, para la economía, para la salud, etc. Es un componente esencial de la estrategia de desestabilización permanente.*

*5) Han aprendido de la política social basada en la dádiva y el terror impulsada por Pablo Escobar y el Chapo Guzmán, inspirada en la más antigua tradición mafiosa.*

*Apoyándose en el estímulo a los intereses individuales y a métodos ilegales, orientados a socavar al Estado y las relaciones de so-*

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

lidaridad, los grupos narco-paramilitares han venido perfilando algo así como una política social mafiosa.

*Un aspecto es la política de microcréditos, que en su desenvolvimiento puede vincularse con el microtráfico de drogas, que llegado el caso puede suministrar fondos para cancelar los créditos recibidos. Es una múltiple subordinación.*

*Usando los fondos acumulados a través de acciones delictivas van distribuyendo créditos entre la población pobre con diversos fines (consumo, microempresas, pequeños negocios, problemas familiares...), pero con el claro propósito de construir redes de poder e ir suplantando al Estado venezolano. Con los microcréditos, combinados con la extorsión, el chantaje y el miedo, han ido echando las bases de una política social en correspondencia, como ya dije, con la más antigua tradición mafiosa. (La estrategia imperial de ingobernabilidad permanente contra el gobierno bolivariano, 05-03-2014).*

El fenómeno también ha llamado la atención de Raúl Zibechi, en su penetrante artículo “Derechas con look de izquierda”:

*En todo caso, las derechas han sido capaces de crear un dispositivo popular, como el que describe Rafael Poch, para desestabilizar gobiernos populares, dando la impresión de que estamos ante movilizaciones legítimas que terminan derribando gobiernos ilegítimos, aunque estos hayan sido elegidos y mantengan el apoyo de sectores importantes de la población. En este punto, la confusión es un arte tan decisivo, como el arte de la insurrección que otrora dominaron los revolucionarios (Alai-América Latina, 7-3-2014).*

Debemos afrontarlo: así como las aspiraciones imperiales de dominar nuestra industria de los hidrocarburos

y la presencia paramilitar son constantes con las que habrá que lidiar a largo plazo, también debemos prever una prolongada alianza entre ambos factores para desatar una escalada de violencia política, que se está sumando a la ya excesiva violencia del hampa común.

La aparición de esta nueva violencia terrorista de origen político y con conexiones internacionales obliga a considerar el problema de la seguridad a la vez desde el punto de vista geográfico, social, económico, político, estratégico, cultural e internacional, mediante la coordinación de todos los órganos de los poderes públicos y todas las fuerzas sociales para la adopción de medidas a la altura de la gravedad de la situación.

No termina de comprender la ultraderecha venezolana las dimensiones del monstruo que está animando para la persecución de sus intereses mezquinos.

En la inauguración de la Conferencia Permanente por la Paz convocada por el presidente Maduro, alertó José Vicente Rangel contra la instauración en Venezuela de una cultura de la muerte.

O la desactivamos, o nos desactiva a todos.



## POR LA RUTA DE LAS SEGUNDAS RESIDENCIAS

CRISTINA FALLARÁS

En el recuerdo, mi madre me dice *Hija, basta que acabes de pelar un ajo para que un hombre te bese la mano*. Sin duda, la escena pertenece a una vida anterior, y entre esa vida y esta, diez vidas más y sus correspondientes muertes. En el pasillo, ahí donde las ruinas se amontonan, el esqueleto del buitre con sus restos de carnecitas secas que dentro de nada serán polvo. No voy a morir aún, no aquí.

La comunicación aconsejaba seguir la ruta de las segundas residencias. Una mujer de cincuenta me paró en el cruce de Muntaner con Aragón, una mujer, quién sabe, de sesenta, regordeta, rubia de pelo cardado, ese tipo de peinado que sobrevive a modas y catástrofes. Se me echó encima. Pensé que se había tropezado, daba esa impresión, un tropiezo, y la abracé con susto. “No cojas el tren, sigue por la costa, las segundas residencias tienen víveres”. Susurraba de tal manera que parecía una de esas locas que se cuentan cosas con pesadumbre por la calle ca-

beceando, cuántas locas multiplicadas. “Hacia el sur. No cojas el tren”. Se palpaba la pantorrilla derecha apoyada contra mí como si le molestara, o comprobando que no le dolía. Pensé que hacía tiempo que no veía una pantorrilla tan rotunda ni un vientre tan redondo. La mujer llevaba anillos en todos los dedos de las dos manos, pequeños anillos de oro y unas enormes gafas de sol que le cubrían media cara y me hicieron pensar, no sé por qué, en la mujer enana de la película *Poltergeist*, “Tira la pelota número 3”. Tras comprobar que la pierna conservaba intacta su reciedumbre, levantó la vista, se sorprendió, como si no esperara que yo estuviera allí, y dejó caer un “Gracias, muchas gracias” apresurado cuando ya se estaba yendo. “El final de todo empezó con la ensalada de arroz y el cóctel de gambas”. Eso decía Ra, ese tipo de cosas.

“Cuando las sobrevuelas, ves claro qué son las piscinas particulares, adquieren sus verdaderas dimensiones, su ridícula existencia y las de sus propietarios”. Ra, un día, dejó de hablar para siempre.

El pasado cinco de mayo, tras estos siete años de delirio, siete años en los que todo se ha ido pudriendo, nuestras certezas, los modos en que vivíamos y estábamos organizados, la posibilidad de llevar eso que llamábamos una vida digna, siete años en los que se han desmantelado minuciosamente los mecanismos para que la población se gane la vida — y ganarse la vida, lo descubrimos demasiado tarde, estaba en la base de toda nuestra construcción, el bueno de Marx, qué risa —, tras estos siete años, digo, el pasado cinco de mayo aparecieron los colgados. La vieja del tercero nos lo dijo, la puta vieja loca de los hurones

nos lo comentó en el rellano de la escalera sin ningún asomo de espanto, como si ya tuviera asumido que era un siguiente paso normal, y así debió de considerarlo también el resto de los ciudadanos, no hubo aglomeraciones para contemplarlos, ni gritos de horror, ni rituales de espanto. A veces tengo la sensación de que sólo yo recuerdo las cosas, cómo eran las cosas.

Salí de casa sobre las once o las doce del mediodía, yo tampoco corrí a verlos, pero era por otras razones, quizás sabía que tenía que dejar las cosas en su sitio. Después de que la vieja nos comentara lo de los colgados, subí al piso, me asecé como pude con los restos de agua que quedaban en el balde de la cocina, mastiqué con tranquilidad fingida algo de pan de la mañana y luego ordené los libros y los cacharros. Había aprendido que mantener el orden y la calma en los gestos era lo único que me iba a permitir sobrevivir con cordura. Restos de cordura, restos de agua, restos de pan, restos de palabras en la boca de Ra. Llevaba a cabo las cosas del vivir meticulosamente.

¿Qué tipo de violencia interna, absoluta, produce la visión de un cuerpo humano muerto para que uno no llegue nunca a acostumbrarse? ¿Y un colgado? ¿Qué hace que el cuerpo de un muerto colgado siga infundiendo, además, otro terror mayor, un terror ritual, como si no estuviera exactamente muerto?

Me planté en el extremo de la calle Balmes que da a la Gran Vía, junto a la vieja Universidad de Barcelona. Este mismo sol sucio de hoy brillaba aquel mediodía cociendo en humedad moscas y alimañas. Recuerdo que una pareja cruzó la calzada con prisa, como si los colgados fueran

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

ya una costumbre, pero eso era imposible, porque el día anterior aquellos plátanos bordes tenían sólo hojas en sus ramas. Los colgados habían aparecido aquel mismo cinco de abril, poco antes de que amaneciera. Cuatro hombres y dos mujeres con sus indumentarias de ciudadanos normales, de aquello que llamábamos clase media. Yo los conocía a todos. Ellos eran yo, también. En cuanto los vi, supe que debía huir, echar a andar y no detenerme hasta que la lengua que oyera hablar me fuera incomprendible. Hacía mucho tiempo ya que Ra no hablaba, restos de palabras, apenas se movía para cambiar el libro leído por otro de la estantería a leer por tercera, cuarta, enésima vez. “Yo ya no vivo, a mí... yo leo, déjame, no vivo”.

Después no volví ya a casa, arranqué hacia la estación de Sants y entonces fue cuando me crucé con la mujer de la pantorrilla y enfilé la costa hacia el sur.

En uno de los primeros chalés que reventé, azuzada por el hambre y el cansancio, encontré una bicicleta, además de latas de aceitunas rellenas y de atún, botes de espárragos y garbanzos. Conservas de veraneo, bicicleta playera. “Las segundas residencias tienen víveres”.

Tardé tres días de pedaleo y mar en llegar hasta este lugar, poco a poco, deteniéndome, sin prestar demasiada atención a cómo pasaba el tiempo, que pasaba de golpe, de golpe cinco horas sin saber qué había hecho durante cinco horas, dónde se me habían metido. Durante esos tres días me crucé con muy pocas personas y a ninguna dirigí la palabra. Llevo encerrada en esta casa en ruinas, que fue una bonita construcción encalada en blanco, en una urbanización de casas clónicas, un par de

meses, y he ganado la batalla a un perro salvaje. En mis noches, las moscas pringosas de la muerte aún recorren la cara de aquellos colgados de la calle Balmes. Hace tres días terminé las últimas conservas que quedaban de mis asaltos a las segundas residencias. Por los alrededores de donde estoy no parecen quedar segundas residencias, ni primeras, todas abandonadas hace tiempo.

No voy a morir aún, no aquí. Pero nada queda y tengo que volver a andar, alejarme siempre más. Mamá, tengo mi bicicleta y seguiré camino. Mi bicicleta y la certeza de que ningún hombre ya jamás me besaré la mano.

## JUGANDO SOLA

CRISTINA FALLARÁS

### Tribute to Lou Reed

How do you think it feels/When you're speeding  
and lonely/Come here baby/How do you think  
it feels/When all you can say is: If only/If only  
I had a little/If only I had some change/If only,  
if only, only/How do you think it feels/And  
when do you think it stops?/How do you think  
it feels/When you've been up for five days/  
Come down here Mama/Hunting around always  
-ooh/'Cause you're afraid of sleeping/How do  
you think it feels/To feel like a wolf and foxy/  
How do you think it feels/To always make love  
by proxy ?/How do you think it feels/And when  
do you think it stops?/When do you think it  
stops ?

*How do you think it feels, de Lou Reed.*

Ha amanecido un día y no es otro día sino el mismo día en su rulo sin fin. Sabes a qué me refiero, ¿no? No puedo salir. Tampoco quiero. Me queda gasolina suficiente, pero la gasolina se acaba, gatito, siempre acabas quedándote sin gasolina y ya no tengo más pasta ni las tengo todas

conmigo sobre mi corazón. El corazón puede reventar. O el cerebro. Suelo pensar en mi cerebro cuando el día se convierte en otro día que es un rulo del mismo día, siento mi cerebro, sus capilares sobrecargados, noto el delicado crujir de mis neuronas cuando renuncian, hijas de puta, cobardes desertoras. Pienso que me queda la suficiente gasolina para llevar el cerebro al límite de su crujido y el corazón al límite del enloquecimiento. Y luego ya veré. Una no piensa sobre el luego en estas circunstancias, ¿no?, sólo comprobar que queda combustible y que el cartelillo de No molesten sigue ahí afuera. Cuando estás en un hotel cinco estrellas sin un puto varo, cargada de gasolina y con el corazón escarchado en sal lo único que puedes hacer es seguir ahí, no salir de la habitación, si acaso solicitar otra botella de vodka y fingir que estás en la ducha cuando te la traiga el atildado sirviente cinco estrellas. Cuando tienes el corazón escarchado en sal y veinte gramos de gasolina clavándole las uñas a los capilares del cerebro, te aseguro que tu cara no es algo que un camarero cinco estrellas pueda enfrentar sin pisar el pedal de alarma.

...

En China hay una ciudad con los edificios tan pegados y tan altos que a ninguna calle llega el sol, ni siquiera llega el sol a los pisos que van, yo qué sé, del 16 para abajo. Imagínate cientos, miles de edificios de, qué sé yo, 50 plantas, entre los que media una distancia de sólo cinco metros. Callecillas de cinco metros flanqueadas por altísimas colmenas mohosas. Mi corazón una colmena mo-

hosa, me decías, imagínate un barrido por miles y miles de ventanas, me decías, pequeños agujeros cubiertos de cristal abiertos sobre gigantescos muros constantes, y detrás de cada una de esas aberturas, una vida. Imagínate nosotros, decías, dentro de uno de esos cubículos donde ya no eres, dejas de ser, te has fundido en el mazo de gusanos enredados de una ciudad sin sol, donde ya has desaparecido. Todo eso susurrado a un dedo de la piel de mi coño cerrado, rozándome con tus labios los pelitos — si te afeitas, no volveré a tocarte —, golpes de aliento tibio a cada palabra, la caricia seca de la letra p, el roce suntuoso en el hálito de las eses.

Y luego: Vamos a jugar.

Los edificios de Can Tunis estaban construidos en fila. Nada que ver con la ciudad China de los panales sin sol. Luego los echaron abajo, claro. Eran, qué sé yo, un minúsculo puñado de bloques bajos con la forma de las fichas del Lego que tienen doce o catorce redonditas — ya sabes, las cuadradas son las de cuatro redonditas —, las largas, ésas de las que en cada caja vienen siempre menos de las deseables. Vale, tú pon diez fichas de Lego de las de doce redonditas en fila perfecta, una al lado de la otra de manera que dibujen algo así como los barrotes de una celda pero en gordo, y eso era Can Tunis. Lo que quedaba entre cada uno de esos bloques alargados y paralelos de viviendas se consideraba una calle, una vía corta que, dada la disposición de los edificios, tenía una sola entrada y una sola salida. Cuando tú construyes una manzana, aislada de la ciudad por el puerto y el cementerio, cuyas calles tienen

una sola entrada y una sola salida, te expones a que en cada entrada y salida se coloque un tipo con un arma. Más si todos los habitantes de ese bonito experimento urbanístico se dedican a la venta de estupefacientes.

Vamos a jugar.

Entramos de la mano en una de esas vías cortas. Hay un coche sin puertas marca Renault con las llantas apoyadas en el asfalto. Queda claro que es el pequeño parque infantil de esa calle.

— Cambia la mirada, preciosa. ¿Qué habrías dado de niña por cambiar el puto columpio por un coche sin puertas?

Me dejo llevar hasta unos bajos situados a medio camino entre la entrada y la salida de ese tramo. Entre la entrada y la salida de ese tramo median algo menos de cien metros, pero yo qué sé de eso, igual son cincuenta. Los bajos a los que llegamos, y quién sabe si los del resto de las viviendas también, yo al menos no lo sé, están contruidos para cumplir funciones de *garaje*. En el que eliges, hacen de coche ciento cincuenta kilos de abuela gitana desparramados sobre una silla de enea pensada para, como mucho, una adolescente sin desarrollar.

— Aaay, aaay, cuánto dolor, cuánto dolor. ¿Nadie va a ocuparse de la abuelica?

Me sonrías pícaro y me arrastras adentro. Junto a la abuela hay un puchero en difícil equilibrio sobre un hornillo de *camping*.

— Hola, abuela.

— Cuánto dolor, nen, cuánto dolor, diles algo, nen, diles que se ocupen de esta abuelica.

El tipo que aparece tiene la calavera a punto de romperle el cuero. Te golpea el hombro como de pasada y se acerca a la vieja.

—Aaaay.

Hasta que no se agacha sobre ella no me doy cuenta de que lleva una jeringuilla en la mano. Con la misma desgana con la que te acaba de sacudir el hombro le hinca la aguja a la gorda en el costado de una rodilla oscura y cubierta por algo así como cuatro kilos de carne prieta.

—Aaaay.

Debería recordar algo más pero ahí termina todo lo que conservo de aquella aventura. Vamos a jugar. Luego ya en el *bus* urbano, metiéndonos suficiente gasolina para recorrer la Panamericana —no seas bobita, mejor elige la 66—, me contaste que ese lugar al que entramos sorteando zombis o incluso muertos había ganado en su momento un premio de urbanismo.

...

Creo que ha pasado otro día, pero no podría asegurarlo. ¿Cuánto hace que me dijiste aquello de *Ella estaba primero*? ¿Hace horas, hace días o hace semanas? ¿Cuánto tardará alguien de este puto hotel rutilante en pisar el pedal de alarma que eche abajo la puerta de esta habitación? Follar es la mejor válvula. Cuando follas abres la espita por la que escapa el chorro atropellado de la ansiedad. Follar sin erecciones, sin ni siquiera sexo, follar como un ejercicio muscular, diente contra diente, follar duros como tablas. *If only I had a Little, If only I had some change, If only, if only,*

*only...* ¿Recuerdas el momento If-only? ¿Cómo crees que me siento? How do you think it feels? Al menos entonces podía descolgar el teléfono, Gatito, tengo un vértigo If-only. Ahora podría llamar al servicio de habitaciones y no me cabe duda de que en este magnífico y resplandeciente hotel de no-sé-en-qué-ciudad-estoy me servirían un gatito de pago con capacidad para simular comprensión, incluso con capacidad para frotarse contra una tabla. Pero tengo el corazón completamente cubierto de sal basta, sal de barco pesquero, y tengo veinte gramos o quizás otra cantidad mayor de gasolina galopando contra las venas. En estas circunstancias una no puede mostrarle la cara, menos la mirada, a un gatito de a 1,000 euros sesión, pobre. He cubierto de crema el espejo del baño. Eso me ha llevado un tiempo que no podría saber si abarca un día o una hora. Cuando por fin me he perdido de vista creo que he caído al suelo pero también puede ser que me haya tumbado. Me decías: Hola, es que me he olvidado las llaves de casa y no tengo dónde ir a dormir. Y una horas después: Vamos a jugar.

Vamos a jugar.

Como puedes ver, finalmente he aprendido a jugar —Tontita, no tengas miedo, déjate ir—, y sé jugar sola. *Ella estaba antes* es una frase digna de la *Enciclopedia Ilustrada de las Mejores Explicaciones para Gallinas*. Creo que ha pasado una noche además de un día, pero francamente, no sé si estos días que estoy viviendo vienen con noche incluida o desplumados.

...

— Abre las piernas.

Cualquier chavala, incluso las que ni pasado tienen, sabe que una no debe abrir las piernas en un lugar que no reconoce.

— Venga, ábrelas.

No deberías manejar unas tijeras con ese pulso y los ojos a media asta. No deberías manejar unas tijeras su- dando tanto, mucho menos usarlas con mi ropa interior.

...

Sé que han pisado por fin el pedal de alarma porque no estoy en mi habitación, sino en movimiento. De poder fi- jar la vista, sabría si esas manchas que avanzan conmigo y me rodean son los utensilios propios de una ambulancia. Deseo estar en una ambulancia, no se me ocurre nada más apetecible que una cama de hospital donde dejarme ser una enferma. Pienso que quizás he pasado incluso años en esa habitación de hotel a la que me llevaste para soltarme la puta frase de mierda que acabó con todo. Sí, eso es, me siento años más vieja, o mejor sería decir que me siento muchos años después de ver cómo te dabas la vuelta y cerrabas la puerta de la 344 y luego no volvías, y mucho más tarde tampoco volvías y días después aún no habías vuelto pese a que sabías que yo no tenía otra cosa que hacer que permanecer en la moqueta en la que me dejaste chutándome gasolina, en un rulo sin final de momentos If-only — preciosa, tú solo presta atención a Mr. Lou Reed y déjate ir — jugando sola a nuestros juegos infernales.

## MALA RAZA

CRISTINA FALLARÁS

### I

Sobre el fuego, el aceite hacía bailar en la sartén las tres rodajas viudas de chorizo sobre su propia grasa, y nada le pareció más asqueroso en el mundo entero que un chorizo cortado en rodajas y puesto sobre el metal caliente para que soltara aquel aceite anaranjado de grasa de cerdo.

En el pueblo, cuando la matanza, éramos bastante felices, pensó. Ya no hacen matanza ni nada. Las mozas llevábamos zapatos de tacón, los primeros tacones, normalmente zapatos blancos que nos hacían peladuras y llagas y heridas en los dedos y en los talones.

En la matanza no daba asco el chorizo, pensó, y se miró los pies, dos butifarrones dentro de un par de alpargatas raídas, con los tobillos a reventar en púrpura.

En el pueblo no daba asco la grasa, vaya pensamientos de tener, se dijo.

Con un pequeño abrelatas y algo de esfuerzo abrió una lata mediana de guisantes hervidos. Volvió a mirar la sartén, las tres rodajas de chorizo bailando sobre su propio aceite, y vertió el contenido brillante.

Un par de gotas de aceite saltaron sobre el dorso de su mano derecha levantando inmediatamente dos ampollas minúsculas. Ni siquiera sintió las dos punzadas ácidas, absorta en cómo el verde húmedo de los guisantes se iba engrasando, amarronando, acostumbrada a los golpes, y también a las quemaduras.

Entonces sintió una náusea sorprendente. Ella no tenía náuseas ya.

Sintió una náusea y se recostó contra la pared que le quedaba a la espalda, a sólo un par de metros de la que le quedaba enfrente y en la que estaba adosado el mueblecillo de la cocina. Con ese movimiento, se dio cuenta de golpe del tamaño de aquel habitáculo donde pasaba buena parte del día. ¿Cómo no me he parado antes a pensarlo?, se dijo. La cocina de su casa era minúscula, la cocina en la que llevaba 42 años metida. ¿Cómo se puede freír chorizo y fundir grasa de cerdo en una cocina de este tamaño?, se preguntó.

Pensó que iba a tener otra náusea y apoyó las manos, con un simple cambio en el peso del cuerpo, en los bordes de la cocinilla. La habitación medía tres metros de largo por dos de ancho. La arcada no llegó, pero la boca se le llenó de una saliva gruesa, densa y agria como una mala arremetida anal. Pensó es eso exactamente, en una mala arremetida anal. Entonces, volvió a encarar la sartén y, más que lanzar, dejó caer un escupitajo largo y espeso sobre los guisantes teñidos de grasa con pimentón. Luego, agarró el cucharón de madera y mezcló bien los ingredientes.

Aún le colgaba del labio inferior la última baba cuando cayó en la cuenta de lo que acababa de hacer.

Volvió a distanciarse de la cocina y soltó una risa que le pareció la risa de otra pero que, quizás por eso mismo, desencadenó un rosario incontrolable de carcajadas. Sintió que se veía a sí misma desde fuera y se dijo a ver si te vas a estar volviendo loca, Marisica. La risa seguía sacudiéndola hasta el punto de hacerle flaquear las rodillas, y se dejó caer con las piernas encogidas en el cuadrado de suelo que dejaban libre los escasos electrodomésticos.

La cadera le recordó con un dolor conocido la noche anterior. Mecagontusmuertos, pensó tronchada de la risa, mecagontusputosmuertos, Ginés de mierda, mariconazo. Y se dejó caer un poco más, hasta que quedó ovillada en posición fetal en el suelo de la cocina, recibiendo de vez en cuando la picadura de una diminuta gota de aceite de chorizo procedente de la sartén, convulsionada por la risa.

## II

—Que no, colega, que no subo.

—La hostia si vas a subir, por mis muertos que subes. Lo que yo te diga, pavo, lo que yo te diga, ahora nos metemos entre pecho y espalda un buen bocata de chistorra frita, de la que guarda la vieja, y seguimos. Estoy disparao.

El Renault Megane negro estaba parado en la nutrida doble fila de Mariana Pineda, una de las callejas que trepaban esforzadas y tristes hacia la cima del barrio. La construcción en pendiente de las afueras: el aluvión de inmigrantes de los años cincuenta buscando una industria donde matar la vida, su empeño por levantar hogares

de recuerdo rural en el extrarradio de la zona industrial, su empeño por trabajar en silencio, su empeño sin pensamientos.

— A hostias te voy a subir como te pongas así.

Al volante, Juan Arias Navarrete —cuarenta años, tres gramos de simulacro de cocaína y litro y medio de ginebra en sangre— hablaba sin mirar a su compañero. De copiloto, Ismael García García —treinta y ocho, dos gramos de simulacro de cocaína y cerca de dos litros de ginebra en sangre— pensaba que quería cerrar los ojos.

— Y tu vieja, ¿qué?

— Tú deja a mi vieja, qué coño te importa mi vieja. A mi vieja la pongo yo a la cocina y nosotros recogemos el material, nos zampamos el bocata, nos metemos un buen par de tiros, y volvemos a lo nuestro. ¿Qué coño te importa a ti mi vieja?

— Me corta, tío, la vieja me corta.

— Pues no la mires.

— Ya, pues no la mires, qué fácil... Ya.

— A mi vieja le pego un berrido yo en cuanto entremos, y ¡a la cocina! Mi vieja es una mula, pavo, es un animal, una puta vacaburra. Joder, colega, necesito esa puta chistorra, llevo ya 24 horas sin meterme nada sólido. ¡No me jodas, tío, no me jodas!

— No tengo hambre.

— Además hay que subir por cojones, porque no nos queda ni un puto tiro, y el material está arriba.

— Pues sube tú.

Juan Arias Navarrete levantó de golpe la cabeza, achinó los ojos y permaneció mirando al frente, a la pen-

diente que dibujaba la calle, diez segundos exactos. Los contó: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y... Y se giró con violencia hacia su acompañante, le agarró malamente del cuello de la camiseta y lo atrajo hacia sí de un estirón que puso al otro de perfil.

—Mira hijoputa —le susurró con voz ronca, casi nariz contra nariz a su amigo Ismael García García—, tú vas a subir conmigo te guste o no, nos vamos a comer la puta chistorra, y da gracias de que no te parta la jeta aquí mismo por gilipollas, hostias, que eres un gilipollas, que no te enteras de quién manda aquí, joder, el puto amo. Yo soy el puto amo.

Dicho esto, recuperó la compostura, sacó las llaves del contacto y salió del coche dando un portazo. Su amigo García García tardó algunos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo, se recompuso la camiseta como pudo y le siguió.

A diez metros del coche en doble fila, esperaba el portal, el número 17 de la calle Mariana Pineda, finca de obra vista levantada en 1962 por una cooperativa clandestina que consiguió su reconocimiento, y así los suministros básicos, diez años después de la llegada de la democracia al país en 1976.

### III

Dejó de reírse cuando se dio cuenta de que, a fuerza de carcajadas, había acabado tumbada sobre un charco de orina.

Con la bata mojada, intentó levantarse, pero lo único que consiguió recuperar fue el dolor de cadera, vientre y ano, fruto de la noche anterior. Consiguió con

esfuerzo y algunas punzadas ponerse a cuatro patas, y verse así volvió a provocarle una hilaridad incontenible. Lo primero que hizo, mecánicamente fue apagar el fuego de los guisantes con chorizo, no se echaran a perder. Ay, Marisica, Marisica, se dijo, estás como una puta cabra, y emprendió marcha a gatas por el pasillo hacia la sala de estar, que también era comedor y, sobre todo, abrevadero para su marido y su hijo. Ella comía de pie, en la cocina, mientras iba guisando, y luego mientras les iba sirviendo la mesa, y luego mientras iba fregando, y luego mientras no hacía nada pero prefería no abandonar la cocina. Ella comía todo el rato, ésa era la verdad.

Cuando llegó al comedor ni siquiera intentó enderezarse. Miró a las dos puertas que se abrían a ambos lados del gran aparato de televisión y optó por entrar en la habitación de su hijo Juan. Valiente hijodeperra, murmuró a medida que se esforzaba por alcanzar el picaporte con la mano izquierda, sin abandonar su postura. A tu edad, tu padre ya tenía un hijo alcohólico, siguió farfuleando. De tal palo, tal astilla, mala raza.

El dormitorio de su hijo era poco más grande que la cocina. Una estantería-ropero que albergaba una pequeña cama juvenil era todo el mueble que cabía. Lo demás, ropa sucia por el suelo, pósters de años acumulados en las paredes, de edades acumuladas esperando el momento en que por fin se largara del nido, un hijoputa menos en casa. Pero el único intento de independencia que su hijo Juan había tenido le duró un verano. Y una pequeña estancia de ocho meses en la cárcel de Soto del Real.

Siguió gateando hasta el borde de la cama y, apoyada en la madera del lateral, consiguió sentarse en el

suelo. La cama se sostenía sobre un cajón hueco, muy útil en espacios como los de esa casa de 40 metros cuadrados. Se retiró un par de palmos, arrastrando el culo mojado por el suelo de baldosas verdes, y abrió el cajón bajo la cama de su hijo. Era un mundo, aquel cajón.

Al principio, sólo le llamaban la atención las revistas pornográficas, pero nunca le provocaron nada más allá que una simple curiosidad sin aspavientos. Hombres desnudos de piel brillante ataviados sólo con cintos cruzados. Nada que le interesara. Ni siquiera que le hiciera pensar. Su hijo era un hombre extraño que jamás, ni de pequeño, le dirigió la palabra para algo que no fuera una exigencia o una protesta. Su hijo le provocaba desde hacía muchos años una indiferencia de marmota. No así el cajón de su hijo. El cajón de Juan había conseguido muchos días mantenerla entretenida en las largas veladas en las que ninguno de los dos hombres, ni el hijo ni el padre, aparecían por casa. Mantenerla con la mente ocupada para no pensar en lo que le esperaba cuando llegaran.

Se acostumbró, además, a la adrenalina. Si su hijo llegaba por sorpresa y la encontraba con su cajón abierto, era seguro que volvía a dar con sus huesos, o lo que quedara de ellos, en el hospital.

Últimamente lo que más le gustaba del cajón era la caja de zapatos del fondo. Tardó tiempo en interesarse por aquella caja de zapatos, pero cuando la abrió, se quedó maravillada. Dentro, viudo, brillante y oscuro como un escorpión, el revólver esperaba el momento del veneno.

Como tantas otras veces, pero en esta ocasión con súbitos arranques de hilaridad, sacó la caja con cuidado de

no desbaratar los alrededores, y la dejó a su lado en el suelo. Las baldosas de esta casa son horribles, pensó por primera vez en su vida. ¿Cómo no me había dado cuenta? Las baldosas de esta casa tiene el color de la mierda de un perro descompuesto. Y la comparación volvió a hacerla reír.

Pasó unos segundos absorta frente a la caja, sin tocarla, y luego, de golpe pareció despertar. Abrió la tapa, la dejó junto a la cama, sacó el revólver, lo cogió con soltura y se metió el cañón en la boca de la misma forma que en un par de ocasiones se lo había metido su hijo Juan. No era la primera vez que lo hacía, y volvió a sentir lo mismo. El gesto de meterse el cañón del revólver en la boca le provocó una excitación agradable pero molesta, cercana a la náusea, que no habría sabido enunciar como sexual.

#### IV

El rellano de la escalera olía a col hervida y grasa frita, lo que apaciguó en parte los ánimos de Juan Arias Navarrete y estimuló sus jugos gástricos. Ése era el olor de su infancia, su juventud de col hervida y grasa frita, su corta madurez macerada en aceites y berza. Cuarenta años de corta madurez.

Treparon a grades zancadas hasta el segundo piso y, al abrir la puerta, el olor a chorizo frito les golpeó la cara.

— ¡Vieja, marchando dos bocatas de chistorra! — gritó Juan Arias Navarrete desde la puerta, encarando un pasillo desde el que no se podía intuir qué había dentro.

—Venga a la cocina, hostias... ¡y sin chistar!

Dentro no se oyó ningún movimiento, por lo que el tipo supuso que su madre ya estaba en la cocina, como era habitual, y empujó a su amigo hacia dentro.

El pasillo era una estrecha garganta corta y oscura. La encararon. A la izquierda quedaban, muy juntas, las puertas del baño y la cocina, ambas entrecerradas, y al fondo, el comedor al que daban los dos dormitorios. Juan Arias Navarrete puso a su amigo delante, para que no se le escapara, y lo fue empujando hacia el salón con pasos lentos pero enérgicos.

Superaron la puerta del baño y al llegar a la de la cocina, le hizo un gesto de silencio a su amigo que quería decir aquí dentro está mi vieja y si no haces ruido ella no se mueve porque es un animal, así que no tienes por qué verla. Luego, volvió la cabeza hacia la puerta entrecerrada y gruñó dos de chistorra, y pasa el pan por el aceite, vieja, que quede bien jugoso.

Juan Arias Navarrete siguió empujando a su amigo García García. Entraron al salón. A la izquierda les quedaba una pantalla de televisión casi tan grande como el viejo sofá roñoso. A la derecha del televisor, la puerta del dormitorio de sus padres, cerrada. A la izquierda, la de su cuarto, sólo apoyada en el marco, sin acabar de cerrarse.

Ismael García García entró en la habitación empujado por el anfitrión, que iba literalmente pegado a su espalda, apoyando contra su rabadilla un arranque de erección.

Nada más poner un pie en la habitación, el amigo frenó en seco.

— Joder, tío jodeeeeeer!

E intentó darse la vuelta a la vez que empujaba a su anfitrión hacia atrás. Éste no le permitió retroceder un palmo.

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

Lo apartó a un lado aferrándole los brazos con manos de garra, mientras el otro no dejaba de gritar.

—Hostias, Juan, ¡Mecagonlaputa!

Allí a los pies de ambos, en el suelo, con una aterradora sonrisa de imbécil, la madre de Juan sostenía un revólver en las manos. No apuntaba a ningún sitio en concreto. Pero levantó la vista, pasó su mirada sobre ellos como si no los viera, o como si los viera poco, y se echó a reír.

Juan Arias Navarrete no supo cómo reaccionar. Ni su amigo tampoco. Ambos se quedaron pasmados durante un par de minutos contemplando a aquella mujer gorda y envejecida, vestida con una bata de flores mojada, sentada en el suelo con un revólver en la mano.

Por fin, su hijo habló. Lo hizo con una rabia contenida y pintada de pasmo, sin menearse, casi sin mover los labios.

—Putá vieja. Putá vacaburra.

Y ése fue seguramente su error.

Ella disparó primero a su hijo, dos tiros al pecho, y luego al amigo, exactamente lo mismo.

Luego, soltó una carcajada cantarina. Y ahora vendrá tu padre, pensó sin ni siquiera intentar incorporarse.

## **SOBRE EL FÚTBOL/ FRANKENSTEIN 3050**

CRISTINA FALLARÁS

UNO

Nosotros no representamos este escudo. Somos este escudo.

Veintidós varones jóvenes y dos hombres en la cincuenta ocupan la parte anterior de un vestuario cuya única diferencia con el resto de los vestuarios del mundo es su tamaño, enorme, y el detalle de que ni una de sus miles de baldosas está rota, ni siquiera agrietada, ni siquiera sucia. Veintitrés de ellos están sentados en banquetillos colocados para la ocasión en forma de auditorio, o de clase escolar. Uno solo los enfrenta. Su nombre importa poco. Su función importa. Para llegar a ser el que enfrenta al grupo y lo guía, ha debido olvidar las tardes de juegos al sol de su pueblo, en una plaza sin asfaltar a las afueras, mirando de reojo a las niñas. Aquel sol olía a hambre, uno de esos soles que queman los alimentos, que secan los jugos de la tierra, que agrietan la piel de las abuelas aún analfabetas.

Nosotros no representamos estos colores. Somos estos colores.

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

Ha olvidado el día exacto en el que lo depositaron en el vestíbulo de aquella institución deportiva a cientos de kilómetros de casa. Tenía la boca seca y la nuca húmeda bajo la mano de su padre, mano acostumbrada al despiece porcino, a tratar con la sangre de los puercos, embutirla, macerarla, mejorar la sangre para convertirla en alimento. En el momento en el que iban a traspasar el umbral del portón, tres muchachos atropellados, unos cinco años mayores que él, se les abalanzaron y salieron al exterior. El estrés que aquel encontronazo provocó en el chaval que él era entonces aceleró el ritmo de su corazón, tensó toda su musculatura, chutó una dosis alta de adrenalina y similares a su organismo y le provocó un malestar nuevo donde se mezclaban sentimientos que, de haber sabido y querido analizar, habría reconocido como vergüenza, miedo, desamparo, arrojo y cierta dosis de alegría que el publicista en el vestuario llamaría aspiracional. No recuerda que galopando esas emociones, trepado en ellas, miró hacia abajo y allí había un hombre tosco y obeso no del todo limpio, una mujer envejecida con exceso de grasa y rostro cansado, ropas sin gracia, gestos sin gracia, cuerpos sin gracia, y no se dijo pero era eso: yo soy de aquí, yo pertenezco, algo ha crujido y el aire y la luz son los míos. No pensó pero era eso, la importancia del esqueleto, el músculo y la gracia.

Nosotros no representamos a una nación. Somos esa nación.

Entre los veintitrés varones restantes, además de los jugadores, —a quienes él prefiere llamar combatientes—, y el famoso publicista, hay un especialista en se-

miótica, un psicólogo y un neurólogo. Ellos han sido los elegidos para elaborar la píldora que, en forma de imágenes y sonidos, consumirá el equipo antes de saltar a la hierba. Tras meses de trabajo y pruebas en animales y humanos, creen haber dado con la fórmula exacta. No sabrán si funciona en condiciones extremas como las del día presente, todo el planeta atento, pero sí saben que la respuesta en encuentros de menor estrés pero cercana relevancia ha sido óptima. Nada de vergüenza, miedo, desamparo, coraje y cierta dosis de alegría aspiracional. Pulir las respuestas, hallar a la bestia en el hombre, manejar la bestia, realizar una nueva doma del ser, manejar los impulsos nerviosos, diseñar su cuadro. Sin esa estimulación previa intensiva de la mecánica cerebral, todo entrenamiento muscular y táctico, lo saben, resulta insuficiente.

Nosotros no representamos a ninguna raza. Somos una raza única. Somos una raza superior.

Nosotros somos los elegidos.

DOS

El hombre, algo ridículo con su sombrero, está serrando un tronco a la puerta de su casa. La niña se despide llevando un gatito en las manos. *Bye, daddy!* Sorprende que lleve medias oscuras con un vestido de manga corta y con esa sensación de calor. Allá va, la vemos de espaldas. A pocos metros de la casa, se acuclilla junto a la orilla del río y, sin soltar el gatito, empieza a formar un ramillete de margaritas. Pero cuando vemos las margaritas, ya hemos visto al monstruo. Frankenstein aparece entre el cañaveral antes que las flores.

Aunque estoy preparada para sentir miedo, no siento miedo. Es extraño saber lo que tienes que sentir y no sentirlo. No es cómodo, sobre todo, si tienes siete años. Hay algo en ese monstruo desamparado que conecta con los niños, con las pulsiones primeras antes de que la doma definitiva dibuje las respuestas necesarias a los estímulos básicos.

La niña se incorpora y se dirige hacia él con sus flores pero ya sin el animal. Se presenta, le pregunta si quiere jugar con ella, y agarra la manaza de la bestia sonriente. Le da una flor y le invita a olerla. Frankenstein la huele y sonrío. Entonces se sientan en la orilla. Cuando ella le vuelve a dar una flor, el gigante retiene su manita durante dos segundos gloriosos. Van a jugar. La chiquilla echa una margarita al agua. Él se fija y hace lo mismo, echa su flor. Las miran flotar. La niña repite el gesto, y él también. Pero sucede que Frankenstein sólo tiene dos flores, de modo que la tercera cosa que lanza al agua es a la niña, que desaparece. El monstruo intenta rescatarla y, al no conseguirlo, se aturde, sale corriendo, siente pánico, ansiedad, agitación, tropiezo, ¿dónde se encuentra?

Recuerdo la cara de aquella pobre bestia en la pantalla del televisor. No a la niña, sí a la bestia. La congoja de los domingos. Los domingos íbamos a la plaza del Pilar de Zaragoza, un lugar desolado con aroma pretecnológico. La Dolores nos llevaba. La Dolores tenía una panza enorme en forma de falda, sólo dos dientes, los caninos superiores, y pertenecía al servicio doméstico fijo en casa de mi abuela. Aquel domingo se jugaba un partido importante, qué sé yo de esas cosas, en casa estaban los tíos, los amigos, había puros, cervezas y ginebra con limón,

patatas y aceitunas, llévese a las niñas a la plaza de José Antonio, o al parque, que les dé el aire. Las palabras que preceden y acompañan a los partidos de fútbol en la radio y en la tele son desasosegantes, un mantra que suena a dentadura de viudo, extrañeza, abandono, melancolía marrón. Como el camino hacia la plaza donde levantaron la catedral de Zaragoza, una de las dos catedrales para ser más exactos. Lugares marrones, los que acogen las catedrales. Como la Dolores, que creyó que no la estábamos mirando, o le dio igual. Fue un gesto rápido, un zarpazo, ese tipo de movimiento que no ves más que al darte cuenta de que ha acabado.

Y la paloma fue a parar a su bolso negro.

Muchas veces he recuperado el lugar incómodo en el que me colocaban las visitas a la plaza del Pilar, muy semejante a la orfandad que imponen las puertas de los colegios, sobre todo las que tienen hierro y ese cristal traslúcido que les gusta a las monjas, yo no soy de aquí, yo no pertenezco, algo ha crujido y debe de haberse producido un error, las personas que me rodean pertenecen a otra dimensión, y el aire y la luz. La plaza del Pilar, las puertas de los colegios y el sonido de las retransmisiones futbolísticas.

El bolso negro de la Dolores era duro y tenía uno de esos cierres compuestos por dos bolas que, al cruzarse, ajustan la abertura. Yo no había visto cómo metía la paloma en el bolso, pero sabía que la paloma, seguramente piojosa, enferma como todas las palomas de iglesia, estaba dentro. Niñas, dadme la mano que nos volvemos a casa. Las manos de la Dolores eran enormes pedazos de carne blanda, y yo agarrada a aquella carnedumbre situa-

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

da en el extremo de un brazo del que colgaba un bolso en cuyo interior iba muriendo una paloma. Y el temblor del bolso contra mi antebrazo, ligeros estertores de cuero duro negro.

Iban ganado los buenos. Iban ganando los nuestros, es decir. Iban ganando los padres y los tíos en un alboroto de copas, dedos, dientes y zapatos. Afuera había empezado a caer un agua fina, lluvia sin gotas, que sirvió como excusa para nuestro regreso. La reacción que la victoria de un equipo de fútbol provoca entre sus seguidores resulta para una niña tan pasmosa como la que provoca la derrota. Alguien dijo: “la suerte de este país está cambiando” otro contestó: “para que nada cambie”. La mujer de uno de mis tíos se rió tanto que una humedad negra le rodeó los ojos. La relación del seguidor de un equipo de fútbol con sus vástagos, o con los seres menores y vulnerables ajenos a los acontecimientos futbolísticos, es injusta y desproporcionada, tanto tras la victoria como tras la derrota. Recién llegada al salón, recibí un par de abrazos, un cachete cariñoso y un vaso de Coca-Cola, brebaje prohibido a los menores. En mi antebrazo, aún, el aletear de la paloma presa. Dolores, deje que las crías vean la tele, nosotros vamos a salir, no llegaremos tarde, jajaja, pero acuéstelas cuando acabe la película, deles cualquier cosa, que se acaben las patatas, jajaja, hay queso.

En la pantalla, cuando todo quedó en silencio, nació la bestia incapaz de distinguir la margarita de la niña.

Debió de ser en un intermedio, y fue precipitado porque lo recuerdo, como que tenía la seguridad de no toparme con la Dolores, que se había encerrado en el baño

en una operación diaria que duraba muchos, muchos minutos, pero aun así temblaba y la adrenalina me echó a flotar. El armario de la Dolores olía a longaniza rancia y a leche agria. Yo sabía que guardaba comida allí porque otras veces había ido a mirar, pero nunca flotando de esa manera, temblando tanto. Una paloma no es comida. El cadáver de una paloma no es comida, no al menos en mi cabeza donde todavía bailaban los pueblerinos de visita en la plaza del Pilar. ¿Qué es el cadáver de una paloma al fondo de un armario que apesta? Un puñado aterrador de plumas que parecen un pañuelo sucio. Y la amenaza pavorosa del movimiento.

### TRES

La primera claridad no es una claridad propiamente dicha, sino un eructo que el aire exterior lanza a través de la rendija que los Seres no ven pero saben que está y que rebota aquí y allá desplazando algunas, pocas, minúsculas partículas a las que podríamos llamar luminosidad o no. ¿Qué son los Seres? Seres. Entes vivos antropomorfos aunque no erguidos, carentes de pelo, de un tono gris claro, que yacen desmadejados sobre los montículos menos húmedos. Se podría observar que los seres de mayor tamaño reposan sobre los montículos más alejados del líquido y quizás por eso permanecen más inmóviles, quizás por una menor incomodidad, aunque hay excepciones, y no es verdad que una regla tenga excepciones.

El espacio, oquedad o gruta que ocupan los Seres se encuentra a unos doscientos metros bajo la corteza de

lo que sea que hay arriba. No viven mucho tiempo, y se alimentan de algunas larvas que crían los cuerpos muertos, de lo que arañan al limo, etcétera. Al no moverse, necesitan poco más.

La primera claridad, que ni eso es, permitiría a un observador, en el caso de existir uno, contemplar un movimiento rítmico, constante, mínimo, en uno de los extremos de la gruta, producido por un Ser de los menores, cuyo montículo apenas sobresale del agua y el fango. Sería demasiado afirmar que dicho Ser mueve, más bien habría que decir que deja que se mueva su extremidad inferior derecha, trazando círculos lentos pero constantes. Nadie puede ver, por supuesto, que bajo la extremidad y debido al movimiento, el Ser menor ha ido creando una acumulación de materia de forma esférica, irregular, pequeña, orgánica. Los Seres hace tiempo que no miran. No ven.

Han pasado 1,119 años desde que Boris Karloff representara el pánico del monstruo, su huida, tras el placer de sostener la mano infantil, en la película dirigida por James Whale para la Universal.

Han pasado 1,076 años desde que una mujer gorda y analfabeta llamada Dolores introdujera furtivamente una paloma viva en su bolso cuyo cadáver pude luego contemplar, en una noche de pena inmensa por el monstruo niño, al fondo de su armario repugnante.

Han pasado 1,030 años desde que un grupo de jugadores de un país menor en términos futbolísticos sorprendieran a los espectadores de todo el planeta ganando contra todo pronóstico el Mundial de fútbol.

El Ser menudo impulsa la forma esférica que se ha modelado bajo su extremidad —¿alguno de estos actos

es voluntario? ¿El modelado? ¿El impulso?— de manera que echa a rodar hasta la extremidad inferior de otro de los Seres menores del nivel bajo. Y éste reacciona tan levemente que podríamos pensar que ni siquiera sabe que ha empezado el juego.



## LA SUMA DE TODAS SUS PARTES

JOE HALDEMAN

21 de agosto, 2058

Me han dicho que debo llevar un diario detallado de mis sentimientos y sensaciones a medida que me voy acostumbrando a mis partes nuevas. Con ese fin me han proporcionado un aparato como el que los ciegos utilizan para escribir, algo así como un cuaderno con guías metálicas. Resulta extraño, pero no podría usar una grabadora porque de momento no tengo boca, ni podría escribir a máquina ciego y con una sola mano.

Me he despertado sin sentir dolor. Interesante. Parece increíble que sólo hayan transcurrido cinco días desde el accidente. Para que conste en el diario, diré que soy, o era, el doctor Wilson Cheetham, ingeniero jefe encargado del control de calidad en la estación de la Factoría Espacial Americana de Aceros, una planta orbital que produce espuma de acero y materiales de deposición en fase vapor para la comunidad cislunar. Pero si estás leyendo estas páginas, ya conocerás todos estos detalles.

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

Hace cinco días, cuando estaba llevando a cabo una inspección en la planta de aluminio de deposición, sufrí un accidente muy grave. Fallaron los mandos de mi asiento propulsor y de repente me vi volando directamente hacia el interior del enorme chorro de vapor de aluminio. Un infierno. Apenas tardaron un segundo en cortarlo, pero fue tiempo suficiente para que el chorro rasgara el traje y me abrasara las tres cuartas partes del cuerpo.

Por lo visto, tuve suerte de que se encontrara allí mismo una burbuja de rescate. Había perdido el conocimiento, naturalmente. Me han dicho que mi corazón se detuvo con el *shock*, pero consiguieron salvarme. He perdido la pierna y el brazo izquierdos, y la cara. Ya no tengo mandíbula inferior, ni nariz, ni orejas, aunque puedo oír algo y dentro de una semana, más o menos, tendré ojos. Y aseguran que me van a fabricar unos testículos y un pene.

Debo de estar atiborrado de tranquilizantes, porque me siento demasiado relajado. Si fuera yo mismo, sea cual sea la parte de mi persona que aún conservo, tal vez lucharía contra la infamia de verme convertido en un ser medio máquina y sin sexo.

En fin, ésta será una máquina que se podrá desconectar a sí misma.

22 de agosto, 2058

Durante muchos días sólo he dormido o padecido. Era cuando estaba en la sala de ingravidez de Mercy. Para mi desgracia, la anestesia tiene sus límites y cuando me desprendieron la piel muerta, trocito a trocito, intenté gritar,

pero descubrí que no tenía cuerdas vocales. Al final decidieron no tratar de salvarme el brazo y la pierna, lo que me ahorró más sufrimiento.

Cuando pude volver a oír, me explicaron que la Factoría tenía en tanta estima mis servicios que estaba decidida a subvencionarme una transformación ciborg. La delegación de Interface Biotech en la Luna se encargaría de la mitad de los gastos. Y todo el mundo podrá desgravar a mi costa.

Éste será, pues, el programa: primero, una pierna y un brazo nuevos. Algo bastante normal. Una vez trabajé con una mujer que tenía dos brazos ciborg, y la verdad es que tardé semanas en mirarla sin sentir pena o asco. Después, intentarán fabricarme una mandíbula y una boca que sean capaces de ejecutar su función, algo que se ha hecho muy pocas veces y con no muy buenos resultados, e intentarán reconstruir la tráquea, las cuerdas vocales y el esófago. Así podré hablar y beber. Pero excepto algunos alimentos blandos, no podré comer con normalidad porque las glándulas salivales todavía están muy lejos de sus facultades normales. Y nada de membranas mucosas. Bueno, una cura drástica para mi sinusitis crónica.

Resulta sorprendente, por lo menos para mí, que la reconstrucción de un pene sea un proceso bastante sencillo y en el que tienen mucha práctica. Parece que siempre los están pegando en sitios diferentes. Aquí están especialmente entusiasmados con mi caso, por el reto que supone recuperar la sensibilidad además de la funcionalidad. La próstata está intacta y confían en poder instalar el complicado juego de cañerías necesarias para la eyaculación. Restaurar la función urinaria es algo casi trivial, por lo que dicen.

(El biotecnólogo encargado de la fase urogenital del proyecto estuvo hablando conmigo más de una hora, dándome una serie de detalles escabrosos e innecesarios. Parece ser que este tipo de sustitución se había realizado en algunas ocasiones, incluso antes de contar con algún sustituto mecánico. Lo que hacían, sencillamente, era seccionar una costilla corta y trasplantarla recubierta con un injerto de piel procedente de cualquier otra parte del cuerpo. De esta manera, el sujeto receptor era agraciado con una erección permanente, aunque —no todo podía ser bueno— con un aspecto un tanto extraño y escasa sensibilidad. Mi prótesis se parecerá mucho a, ¿cómo lo diría?, la cosa real. Y se supone que, con los nuevos avances en mecánica de tracción e interacción biónica, se conseguirá darle un comportamiento muy semejante al real.)

No sé qué es lo que debo sentir ante todo esto. Ojalá dejaran en paz la química de mi sangre para que pudiera sentir horror y tristeza de verdad, y no esta plácida espera.

4 de septiembre, 2058

Después de trece días inconsciente, me he despertado con ojos. También están ya en su sitio la pierna y el brazo, pero todavía sin activar. Me pregunto cómo serán los ojos. (No me dejarán un espejo hasta que tenga la cara completa.) Los noto como si fueran cristal húmedo. Son unos ojos extraordinarios. Tengo la posibilidad de, además de **ver normalmente**, utilizar un mando que amplía mis facultades ópticas. Tiene dos selectores: uno sirve para el control voluntario de la dilatación de la pupila, con lo cual puedo ver en

una oscuridad casi completa, o, si se me antoja, puedo mirar directamente el sol sin sentir molestias. El otro modifica la reacción a la frecuencia de la luz, con lo que puedo ver tanto en infrarrojo como en ultravioleta. La habitación del hospital se ve prácticamente igual en ultravioleta, pero en infrarrojo adquiere un aspecto completamente distinto. En esta frecuencia, la iluminación de la habitación procede de unas franjas brillantes en la pared, que supongo debe tratarse de la calefacción mediante paneles radiantes. Mi brazo real muestra un arabesco de venas y arterias latiendo al impulso de la sangre. El otro, naturalmente, sólo se distingue por el reflejo, azul oscuro, que emite.

(Más tarde). Es raro que no me haya dado cuenta antes de que estaba en la Luna. Pensé que se trataba de una sala de escasa gravedad en Mercy. Mientras dormía me han bajado a Biotech. Tenía que habérmelo imaginado.

5 de septiembre, 2058

Han conectado el brazo y la pierna «sociales» y han empezado con los ejercicios de aprendizaje de conducta. Me dicen que piense en un movimiento determinado y que lo realice con la pierna o el brazo derechos a la vez que intento hacer lo mismo, simétricamente, con su correspondiente izquierdo. El entrenador me ayuda a estirar la unidad ciborg y entonces siento algo así como un tirón, aunque no se parece a ningún dolor muscular natural. Quizá sea lo mismo que sienten los circuitos cuando van sobrecargados.

Al término de la sesión era capaz de cerrar el puño sin ayuda, aunque apenas con fuerza suficiente para coger

un lápiz. Todavía no puedo levantar la pierna, pero muevo los dedos de los pies.

Hoy me han quitado parte de los vendajes, desde el hombro hasta la cadera y, desde luego, la piel artificial tiene un aspecto mucho más real de lo que me había preparado para ver. Sin vello y algo brillante, pero han logrado a la perfección el mismo tono de mi propia piel. En infrarrojo se ve diferente, con un color más uniforme que el de la piel «real». Supongo que será porque no ha sufrido un envejecimiento de cuarenta años como la otra.

Mientras me hacía las pruebas, el especialista no paraba de salmodiar las virtudes de mi nuevo brazo, de mis nuevos brazos en realidad. Estoy haciendo ejercicios con el «social”, el cual resulta mucho más convincente que los que lucía mi compañera de trabajo hace diez años (sin duda cuestión de dinero y no de avance tecnológico). El brazo «funcional», que todavía no he podido ver, será todo él de metal y lo podré llevar fuera del traje espacial. Además de disfrutar de estos dos brazos, podré interactuar con diferentes waldos diseñados para funciones específicas.

Afortunadamente, soy más ambidiestro que el resto de las personas normales, porque me rompí la muñeca cuando estaba en el colegio estudiando el segundo curso y volví a rompérmela varias veces en tercero, así que no tuve más remedio que aprender a escribir con las dos manos. Siempre he escrito mejor con la izquierda.

Dicen que me están reduciendo la medicación. Si es verdad, parece que me voy adaptando bastante bien. Pero, al no haber pasado nunca antes por nada parecido, no puedo establecer una comparación y quizás esta tranquilidad enmascara un estado latente de histeria.

6 de septiembre, 2058

Hoy he podido hacer un nudo sencillo. También puedo esbozar, aunque no con mucha claridad, las letras del abecedario; las hago con un trazo grande e infantil, pero indudablemente es mi propia y característica letra.

He empezado a andar un poco, apoyándome entre dos barras paralelas. (La debilidad de la mano es un problema neurológico, no muscular; cuando están rígidos, los miembros artificiales son tan fuertes como dos muletas de hierro.) Cuando estoy haciendo prácticas, es divertido observar la reacción de la gente que entra en la habitación, de la gente que no cobra por ocultar el horror que les produce ser estudiados por dos frías lentes clavadas en algo que no es una cabeza sobre una mortaja de vendas.

Mañana empiezan a construirme la cara. Básicamente, estaré inconsciente algo más de una semana. Mientras duerma dicen que seguirán con los ejercicios de aprendizaje de los miembros artificiales.

14 de septiembre, 2058

Cuando era pequeño, mi madre me disfrazaba todas las noches de Halloween y me llevaba a recorrer el rascacielos entero para pedir caramelos. Una vez llevé la careta de un niño galáctico, que era un personaje muy famoso de aquella época en el cubisor. Aquel armatoste de plástico en el que llevaba metida la cabeza comprimía las redondeces propias de mi cara y me daba un aspecto más cercano al ideal platónico de belleza infantil.

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

La cara de ahora es como aquélla. Es, sin duda, mi cara, pero la piel está rígida y tensa y cualquier intento de expresión se reduce a una mueca.

Ya casi puedo agarrar cosas con normalidad, aunque la mano sigue estando un poco torpe. Como calculaban, la respuesta sensorial de palmas y dedos parece más afinada que la de mi mano «buena». Cuando paso el dedo índice nuevo por la muñeca derecha percibo cada uno de los poros de la piel y noto también un cambio de temperatura si pasa sobre un tendón o una vena. A pesar de esta extremada sensibilidad, el brazo y la mano tendrán en su momento una fuerza sobrehumana.

Me toco la cara y no noto poros. Han conseguido superar a la propia naturaleza en lo que se refiere a regulación térmica.

22 de septiembre, 2058

Otra semana durmiendo mientras me instalaban los nuevos genitales. Cuando pasó el efecto de la anestesia noté desde luego algo; no era dolor, pero tampoco el peso natural del órgano. Estaba todo recubierto de gasas y vendas y me habían puesto un catéter, así que incluso una persona normal notaría algo extraño.

(Más tarde.) Ha llegado un enfermero y me ha quitado los vendajes con mucho cuidado. Se ha puesto colorado. No creo que determinados mimos entren dentro de sus obligaciones profesionales. He sentido una pequeña punzada de dolor y luego alivio cuando me ha retirado el catéter.

No es una reproducción muy fiel que digamos. En la reconstrucción de la cara pudieron consultar cientos de

fotografías y de cintas de cubisor, pero nunca se me hubiera ocurrido que algún día me resultaría útil tener una colección de fotografías de mis partes más privadas en sus diferentes fases. Los especialistas optaron por traerme una montaña de fotografías extraídas de manuales de urología y de publicaciones pornográficas, y allí me tuvieron, mirándolas una a una con detenimiento, hasta encontrar las más parecidas.

No estaba muy preparado para esa tarea, ni por experiencia ni por inclinación. Aunque suene extraño en esta época de desenfreno hedonista, no he visto a ningún hombre desnudo, y no digamos en erección, desde que terminé el bachillerato, hace veinticinco años. (Estuve dieciocho meses destinado en Farside y nunca me acerqué a un bar erótico. Preferí siempre una interlocutora única, aunque tuviera que contratar sus servicios, lo que era generalmente el caso.)

Por lo tanto, éste es bastante más largo que su predecesor (¿no exageraremos los hombres sin damos cuenta?) y en erección sólo guarda un ligero parecido con el otro. Ah, el lado más sobresaliente de un hombre joven.

Aunque sea de mal gusto, tengo que escribir sobre el tema de la masturbación. Al principio no funcionaba. Con la mano derecha era como estar cogiendo el pene de otro hombre, lo cual nunca me ha atraído. Con la mano nueva el proceso se desarrolló con normalidad, aunque admito que con cierto elemento voyeurista. Las sensaciones fueron agudas e intensas. La eyaculación la más potente que recuerdo desde mi juventud.

Me da qué pensar. Hace poco leí un libro sobre reacciones químicas cerebrales en el que el autor hacía hincapié en lo equivocado de la idea de equiparar cerebro y men-

te. Venía a decir que, en cierto modo, el cerebro es sólo el segmento más voluminoso y complejo del sistema nervioso que sirve para coordinar nuestra conciencia, pero que lo que es en sí la mente está repartida por todo el cuerpo en una intrincada red de ganglios. De hecho, tomaba la sexualidad como ejemplo. Cuando un hombre se lamenta de que su pene parece pensar por sí mismo, está diciendo algo en parte cierto.

Yo sí que tengo realmente cerebros en mis partes nuevas, los biochips que procesan la información sensorial que me llega de fuera y las órdenes de actuación de regreso. ¿Son estos cerebros parte de mi conciencia, como lo es el resto de mi sistema nervioso? La experiencia masturbatoria indica que quizá trabajen por su cuenta.

Digamos que esto es una especulación prematura. Ya veremos cómo funciona cuando me incorpore a un entorno más complejo en el que no esté tan pendiente de mí mismo.

23 de septiembre, 2058

Esta noche ha saltado un detonador. Por la mañana me he despertado con los miembros ciborg llenos de fuerza. Una de las barras de la cama estaba totalmente retorcida, justo por donde, sin darme cuenta, me he debido agarrar mientras dormía. Le he devuelto su forma original con la misma facilidad.

Por algún oscuro motivo me siento inclinado a mantener en secreto, por el momento, esta facultad desconocida. Los especialistas creían que yo podría adquirir una fuerza

tres o cuatro veces superior a la normal, pero, desde luego, esto demuestra que es aún mayor.

Pero, ¿por qué conservarlo en secreto? No lo sé. Que me expliquen ellos a mí cómo es esto posible. Al fin y al cabo, parece que se trata de un récord de adaptación o inadaptación, psicológica.

(Más tarde.) Los especialistas se han quedado boquiabiertos y como en éxtasis. Les he hecho una demostración estirando el tensómetro hasta los 90 kilos. Si hubiera dado un buen tirón de verdad habría arrancado el tensómetro de la pared. Mañana probaré con 110 e iré subiendo hasta 125.

Está claro que debo tener cuidado con el calibre de mi fuerza. Si ejerzo demasiada potencia sobre las partes blandas de mi cuerpo puedo ocasionarles un daño irreversible. Con el puño de metal podría hacer un agujero en una de las macizas compuertas de aire, pero seguramente me arrancarían la prótesis de cuajo. Todavía siguen vigentes las leyes de Newton.

Son otras las leyes que habrán de ser formuladas de nuevo.

24 de septiembre, 2058

Hoy he salido a trabajar con tres waldos. Ha sido una experiencia de lo más emocionante.

El primero consistía en el dispositivo que utilizan para adiestrar a gente normal en el manejo de los waldos, compuesto de un brazo y una mano sujetos a una peana. La diferencia está en que yo no necesito la manga de conexión

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

que se utiliza para transmitir órdenes al doble mecánico, sino que puedo enchufarme directamente en él.

He venido utilizando waldos en mi trabajo desde que me licencié, pero nada parecido a lo de ahora. Dentro de la manga de conexión obtienes una sensación poco precisa procedente de los generadores de campos de energía insertos en el plástico. Utilizando directamente el brazo cibernético, la sensación es exactamente igual a la que una persona percibe cuando toca un objeto con una sensibilización aún mayor. La primera vez que me dijeron que cogiera un huevo, lo lancé al aire y lo atrapé, sin riesgo alguno de rotura o de caída. (Reconozco que no resulta una gran hazaña de coordinación dada la gravedad lunar, pero lo hubiera podido hacer con la misma facilidad con la gravedad normal de la Tierra.)

El segundo waldo era una enorme excavadora utilizada en la Estación Grimaldi por Minas Occidentales. Resultó muy interesante, no sólo por las dimensiones de la máquina, sino por la ligera demora en las comunicaciones. Aunque Grimaldi sólo está a unos pocos kilómetros de distancia, no quedan suficientes canales libres de datos entre esta zona y aquella para poder utilizar la línea de superficie y comunicar con la mano excavadora. Tuve que enlazar vía Comsat, por lo que hubo una demora de unos diez segundos entre la idea y su ejecución. Una estupenda sensación de poder, aunque algo desconcertante. Ahuequé la mano, dándole la forma de la excavadora, e inicié el movimiento, y sólo un segundo después sentí la resistencia del regolito y que, como quien no quiere la cosa, estaba sujetando varias toneladas de piedras y escombros con la mano. Había gente por ahí observando la

maniobra. Con un pequeño giro de la muñeca los hubiera podido sepultar a todos, pero, como un chico obediente, deposité mi carga en la cinta del convertidor.

Sin embargo, el waldo que más me cautivó fue el micro. Había empezado a utilizarse apenas unos meses atrás. Yo había oído hablar de él, pero nunca había tenido la oportunidad de verlo en acción. Se trata de una mano totalmente articulada que mide escasamente una décima de milímetro. Me serví además de un microscopio electrónico de exploración de baja potencia para observar el recorrido del waldo por la superficie de un microcircuito. Ampliado por el microscopio, parecía una mano en el extremo de una larga varilla que deambulaba por los pasillos de un edificio cuyas paredes eran unas veces de estuco sin pulir, otras de metal liso y otras como pintadas de gris y llenas de ampollas, y todas ellas cruzadas por una trama de gruesos cables de oro. Cuando así lo requería, podía usar otra mano que manejaba con la derecha mediante una manga de conexión, como ayuda en trabajos sencillos de carpintería y mecánica que, en el mundo real, habrían supuesto una modificación enorme de las propiedades cuánticas y electrodinámicas del circuito.

Éste era el verdadero poder. No el de retorcer tubos de hierro o levantar toneladas de piedras, sino el de obligar a los electrones a obedecer mis órdenes. Mi primer doctorado fue en ingeniería eléctrica y ahora, de la noche a la mañana, resulta que soy el primer ingeniero eléctrico de verdad de la historia.

Al cabo de dos horas me hicieron parar. Decían que empezaba a mostrar signos de cansancio. Me sentaron en una silla de ruedas y la verdad es que me quedé dormido

---

5<sup>a</sup> Feria del libro en Azcapotzalco  
durante el trayecto hasta mi habitación, soñando sueños de  
infinito poder microcósmico.

25 de septiembre, 2058

El brazo metálico. Creía que lo iba a sentir de una manera básicamente diferente al brazo social, pero no ha sido así. A fin de cuentas, los circuitos no son más que eso: circuitos. La diferencia surge en condiciones de esfuerzo extremo. La mano artificial blanda me produce una sensación parecida al dolor al acercarme a la tensión máxima que puede soportar sin resultar dañada. En cambio, con la mano metálica puedo desgajar un trozo de acero de un centímetro de espesor y no sentir más que el esfuerzo «muscular» realizado. Si tuviera dos brazos de metal, podría hacer maravillas.

La pierna mecánica no se ha visto tan favorecida. Tiene unos reguladores que limitan su fuerza y capacidad de movimiento a los de una pierna normal, lo cual me parece razonable. Incluso una persona normal se da de vez en cuando con el techo, a causa de la escasa gravedad lunar, así que, sin los reguladores, podría olvidarme de tener cuidado al ponerme de pie y producirme una conmoción o algo más serio.

A pesar de todo, me gusta el brazo metálico. Dicen que cuando esté más fuerte (¡ja!) me dejarán salir a probarlo con un traje espacial. Y lanzar algo al horizonte.

A partir de hoy mismo empezaré a incorporarme, con lentitud en principio, a algo parecido a la vida normal. Me quedaré en Biotech todavía otras siete u ocho semanas, pero ya he empezado a trabajar en mi oficina, en la Factoría, sacándome de encima todo el papeleo atrasado. Dos horas

por la mañana y dos por la tarde. Es distraído, pero tengo que reconocer que no pongo el corazón en ello. Preferiría estar jugando con el micro. (Lo he reservado tres horas para mañana.)

26 de septiembre, 2058

Han cosido una fibra óptica en el dedo meñique del micro para que pueda observar su progresión a través de una pantalla, sin tener que limitarme al campo visual del microscopio electrónico. La imagen es algo borrosa mientras el waldo está en movimiento, pero si lo paro unos segundos el ordenador auxiliar ofrece una imagen muy nítida. Lo he utilizado para recorrer toda mi mano y mi brazo derechos y ha sido algo increíble. Los pelos eran como una selva de troncos rígidos y negros; los poros, como pequeños cráteres inundados, y por todas partes se veía claramente la lenta muerte de la piel por las montañas transparentes de células descamadas.

Ahora utilizo más el brazo metálico que el social. No me molesta que la gente me mire. El brazo metálico me será muy útil en mi trabajo y quiero adquirir la mayor práctica posible. Y, claro, no puedo negar que también es por la sensación de poder que da.

27 de septiembre, 2058

Hoy he salido al exterior. Al principio, mis movimientos eran torpes. Mis reflejos no funcionaban como debían, pues en los últimos once años he utilizado el traje sólo con un sexto de gravedad.

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

Fue una experiencia estimulante, pero también algo frustrante porque no pude demostrar toda mi fuerza. Hubo un momento en el que casi me dejé llevar por ella, cuando empezaba a volcar una enorme roca. Antes de que terminara de caer, me di cuenta de que con la bota izquierda había hecho un agujero de diez centímetros en el regolito, por la fuerza que estaba desarrollando en el proceso. No tuve más remedio que retroceder y retirar con discreción el pie para rellenar el agujero delator.

Desde luego que podría lanzar una roca al horizonte. Con una honda sería capaz de poner una pequeña en órbita. Hasta podría ofrecerme como lanzadera lunar.

(Más tarde.) Me ha ocurrido algo sumamente interesante. Una bonita enfermera que trabaja en el proyecto desde el principio ha venido a mi habitación después de la cena y me ha propuesto el experimento obvio. El resultado ha sido de lo más satisfactorio.

Mi nuevo cuerpo sigue el esquema normal, excitación-clímax-orgasmo, pero ahí acaba todo parecido. No sufro la fase de retracción, sino que puedo mantener el proceso de erección completamente bajo mi control. Lo que podría convertirme en el hombre más popular de la Luna.

La piel artificial del pene es tan sensible al reconocimiento táctil como lo son las puntas de los dedos ciborg. De repente, me he convertido en el que más sabe de topografía íntima femenina entre todos los hombres que han existido jamás. Y de todas las mujeres.

Creo que mañana haré un viaje hasta Farside.

28 de septiembre, 2058

Farside tiene nueve bares eróticos. Eché un vistazo a las descripciones que ofrece la guía y pedí que me recomendaran algunos de ellos. Me decidí por un local muy oportunamente llamado «Jugos».

El nombre no era achacable tan sólo a una velada de connotación erótica, sino que de hecho era lo único que servían: zumos y frutas, la mayoría importados de la Tierra a unos precios exorbitantes. Me gasté toda la paga de un día en un néctar de pera y me puse a buscar la mujer más atractiva.

Lo que fue una equivocación. Mi atractivo físico no era de destacar antes del accidente y la ciencia no había hecho más que reproducir con toda fidelidad la fealdad del rostro y la barriga incipiente. Así que fui rechazado.

Me trasladé al otro extremo del bar y busqué entonces a la mujer más fea. Me sería más útil para mi experimento. Antes del accidente siempre exigía, y pagaba, la perfección física, y si ahora podía repetir la hazaña de anoche con una mujer que no me atrajera sexualmente, entonces quedaría fuera de toda duda la independencia de mi órgano sexual con respecto al resto del sistema nervioso.

Segundo error. Nunca se me ha dado bien la conversación intrascendente y, cuando localicé al ideal de fealdad y empecé a hablarle sobre el accidente y el don singular que poseía como resultado del mismo, ella recordó de repente una cita en otro lugar.

No fui tan explícito con la siguiente mujer, también fea. Me preguntó qué me había pasado en la cara y le conté

sólo la mitad de la verdad. La mujer reaccionó de una manera compasiva y casi maternal, pero no por ello la quise más. Era el sujeto perfecto para la demostración. Dejamos la parte social del bar y nos dirigimos al llamado salón del amor.

La atmósfera tenía un olor acre que imaginé se debería a la mezcla de incienso y sudor, pero, claro, mi nariz seca era incapaz de identificar verdaderos olores. Por primera vez me alegré de ese defecto. Seguro que la habitación olía como el vestuario de un equipo de futbolistas.

Bajo las luces mortecinas, de color rojo, azul, blanco, una docena de parejas se entretenían en diferentes ejercicios amorosos, más o menos activos. Algunos miraban abiertamente lo que hacían los demás, pero la mayoría se entregaban absortos a sus propios asuntos o practicaban el voyeurismo furtivo. Casi todos estaban en el suelo, cubierto por una moqueta mullida y tibia, aunque algunos preferían utilizar mesas y sillas en las más variadas y originales posturas, en su mayoría imposibles de practicar, al menos sin peligro, en la gravedad terrestre.

Nos desnudamos y la mujer me dirigió un cumplido por la evidente rapidez de reacción. Un espectador, a nuestro lado, también hizo una observación cargada de envidia. El cuerpo de mi pareja era flácido y pegajoso y con mis antiguos miembros no creo que hubiera sido capaz de mantener el entusiasmo. Pero no hubo ningún problema; de hecho, disfruté bastante. La mujer necesitó pocos preliminares y en seguida me encontré sintiendo de nuevo la extraña sensación que me producía la hipersensible exploración de las interioridades femeninas: mi particular espeleología ginecológica.

La mujer resultó tener gustos eróticos muy variados y, aunque aguantó menos de una hora, atrajimos bastante la atención. Cuando, ya sin aliento, rechazó pesarosa más actividad, una mujer que había estado de observadora, una joven rubia bastante atractiva, me ofreció compartir sus diferentes posibilidades. La complací porque, aunque el pozo estaba seco, la manivela permanecía incólume.

A lo largo de mi actuación pude advertir que el placer que sentía no era sexual en el estricto sentido de la palabra. Puede que sensual, en la medida en que una excelente comida es una experiencia sensual, pero de una naturaleza sutil que no soy capaz de describir. Quizá tenga una relación más que metafórica con el epicureísmo. Ya que no puedo saborear alimentos, una gran parte de mi cerebro desocupado en este menester se encuentra disponible para evaluar otras sensaciones. Tal vez sea que el cerebro se está reorganizando para sacar el máximo provecho de mis nuevas habilidades.

Apenas había comenzado a languidecer la energía de la rubia, cuando ya otras mujeres mostraban su interés por mi satiriasis. Pero me resistí a la tentación de intentar hallarle el límite a la capacidad de aguante de este órgano, si es que lo tiene. Me dolía la espalda y mi rodilla derecha empezaba a darme avisos de cansancio, así que envié la orden mental de desconexión y me desinflé. Aún hice algo de relación social; la primera mujer insistió en invitarme a tomar algo en el bar, y me decidí por un plátano.

29 de septiembre, 2058

Ahora que tengo ojos y manos, no hay razón para que siga arañando este diario con un bolígrafo y lo voy a llevar por ordenador. Pero voy a hacer dos versiones diferentes.

He transcrito todo hasta este mismo punto y he preparado el original que entregaré a Biotech. Es muy comedido y seguirá manteniendo ese mismo tono. No incluirá, por ejemplo, lo siguiente:

Después de realizar la anotación de anoche, vi que me encontraba todavía lleno de vitalidad y puse en práctica un plan al que había estado dando vueltas en mi cabeza.

Sobre las dos de la mañana bajé y me colé en los laboratorios de los waldos. La entrada está protegida por una cerradura con combinación de cinco dígitos, lo que, naturalmente, no era obstáculo para mí. Mis dedos hipersensibles podían percibir con toda claridad cada vez que encajaba en su sitio una de las guardas.

Monté el microwaldo y me saqué la pierna artificial. Dirigí luego el waldo por la red de circuitos de la pierna y desactivé con facilidad los reguladores. No empleé en toda la operación ni veinte minutos.

Tenía que poner mucho cuidado al andar, porque al principio o bien me levantaba por el aire o, para compensar esa tendencia, cojeaba, pero cuando llegué a la habitación ya lo tenía perfectamente controlado. Una vez más, estaban equivocados acerca de la limitación de mi capacidad.

Para comprobar la fuerza de la pierna le di una patada, sólo a media potencia, a la pared interior metálica del ar-

mario, produciéndole una enorme abolladura. Tendré que esperar a poder salir al espacio, solo, para ver lo que soy capaz a plena potencia.

Con una patada igual de mi pierna de carne y hueso, no sólo no conseguí abollar lo más mínimo la pared, sino que encima me hice daño en el dedo gordo.

30 de septiembre, 2058

Ahora me encuentro mucho más a gusto con mi cuerpo que en los últimos veinte años. ¿Y quién no? Con estos miembros y órganos nuevos soy eternamente joven. Si una parte muestra signos de desgaste, basta con reemplazarla.

Esta mañana, en la junta de seguimiento de Biotech, me he puesto de mal humor. Se me ocurrió preguntarles si sería posible que me reemplazaran también la pierna y el brazo derechos y todos se horrorizaron. Bueno, todos menos uno al que pareció divertirse la idea. No me olvidaré de él.

Creo que los muy estúpidos van a ordenarme que abandone Nearside dentro de un par de días y que vuelva a Mercy para recibir «ayuda» psiquiátrica. Me iré cuando y como yo quiera.

1 de octubre, 2058

Esto es una grabación efectuada en el Centro de Control Ambiental de Nearside. Son las 10:32, es decir, que tienen menos de noventa minutos para acceder a mis demandas. Pero empecemos por el principio.

Anoche, después de la correspondiente anotación en el diario, sentí de pronto un irrefrenable impulso sexual, así

que cogí el transbordador y fui de nuevo al bar Jugos de Farside.

La fea de la otra noche estaba por allí esperando, por si yo volvía a aparecer. Se mostró encantada cuando le sugerí que para ahorrar dinero, y por el poco recato que aún nos quedara, podíamos irnos a mi habitación.

No fue mi intención matarla. Ni se me había pasado por la imaginación. Pero supongo que en medio de la pasión, o el abandono, apoyé sin darme cuenta la pierna artificial en la pared y apreté con demasiada fuerza. El caso es que de pronto oí un ruido seco y como si algo se desgarrara. La mujer dio un gritito y me encontré lleno de sangre de cintura para abajo. Le había partido la columna y la había reventado toda por dentro. Debió de perder el conocimiento en seguida, aunque su corazón no dejó de latir hasta casi un minuto después.

No me resultó difícil deshacerme del cuerpo. En la lavandería encontré un saco para la ropa lo bastante grande para poder llevarlo con comodidad. Volví a la habitación y metí en él el cuerpo y la sábana llena de sangre.

De haber sido de día, me habría resultado difícil llevar mi carga hasta el reciclador porque, desde luego, tenía toda la pinta de un saco de lavandería con un cadáver dentro. Pero a esas horas el pasillo estaba desierto.

Abrir la puerta del reciclador fue un juego de niños. La puerta del crematorio me dio más lata, no porque fuera difícil abrirla, sino porque tenía una abertura de apenas veinticinco centímetros.

Por ello no tuve más remedio que despedazar el cadáver. Para no tener luego que andar limpiando, llevé a

cabo la operación dentro del saco, lo que entorpecía la manipulación y la visión de tan fascinante proceso.

Estaba tan absorto en lo que hacía que no oí cómo se abría la puerta. Pero sí que oí, a pesar de los chasquidos de los huesos, el apagado barboteo del hombre que acababa de entrar. Me acerqué a él de un salto y lo maté de una sola patada.

Tengo que reconocer que en ese momento se me había nublado el juicio. Cerré la puerta y volví a poner manos a la obra. Una vez reciclada toda la mujer, repetí el proceso con el hombre, algo mucho más sencillo. Despedazar el torso de la mujer había resultado una operación bastante resbaladiza por culpa de la capa de grasa que había bajo la piel.

En el fondo fue una pérdida de tiempo, aunque, mientras estaba en ello, iba dando los últimos retoques al plan que ahora llevo a efecto. Podía haber dejado perfectamente los dos cadáveres en el suelo. La patada que le di al hombre fue tan potente que, además de arrojarme a mí mismo al suelo y magullarme la cadera derecha, le abrió en canal desde la entrepierna hasta el corazón. Lo cual, de por sí, era ya bastante para ponerlo todo perdido aunque no hubiera complicado las cosas chocando contra el techo. Nunca habría podido limpiar bien la sangre ahí arriba y no creo que esa mancha hubiera pasado inadvertida mucho tiempo.

En fin, sólo perdí veinte minutos, menos de lo que hubiera perdido inutilizando la cerradura del cuarto de reciclaje. Lo recogí todo, me cambié de ropa, entré un instante en el laboratorio de los waldos y cogí la cinta transportadora que llevaba hasta el Centro de Control Ambiental.

No había más que un joven trabajando a esas horas en el CCA. Inercambiamos algunas frases de cumplido

y después le di un puñetazo en el corazón, no demasiado fuerte para que no llenara aquello de sangre. Puse el cadáver donde no me distrajera y me concentré en el problema de la puerta.

No es realmente una puerta, sino un muro de emergencia que se corre hasta cerrarse si se produce una bajada de presión. Tecleé un programa de comprobación simulando una emergencia, y el muro obedeció. Después estuve desconectando algunos conmutadores. Nadie podría entrar en el centro, a menos que lo intentara con un soplete.

Sentado, me dolía la cadera que me había golpeado en el percance del crematorio, pero encontré una postura relativamente cómoda ante la consola y me pasé como una hora estudiando programas de lógica y de cableado. Arranqué una placa de acceso e introduje el microwaldo en el laberinto de pensamiento electrónico. El intercomunicador empezó a zumbiar sin cesar, pero no permití que me hiciera perder la concentración.

Nearside está protegido contra los meteoritos o, algo mucho más probable, contra los fallos estructurales, por un conjunto de ciento veintiocho mamparos que, como el muro de emergencia, se deslizan hasta cerrar y aislar por completo cualquier zona que haya sufrido una bajada de presión. Como es natural, esto se realiza de forma automática, aunque también se puede controlar desde aquí.

Básicamente, lo que he hecho es informar a cada mamparo de que está siendo objeto de reparación y de que no debe cerrarse bajo ningún concepto. Inmediatamente después, he deslizado el waldo por los circuitos que controlan las ocho compuertas de aire de la ciudad y, valién-

dome de una microcirugía bastante delicada, he traspasado el control de las ocho exclusivamente al botón que tengo ahora mismo en mi mano izquierda.

Se trata de un interruptor de protección que he sacado de una sierra mecánica. Mientras lo tenga apretado, las compuertas interiores permanecerán cerradas, pero si levanto el dedo, se abrirán todas inmediatamente. Las compuertas exteriores están siempre abiertas porque son las que comunican las cámaras de descompresión con aquéllas en las que nos ponemos los trajes espaciales. Si levantara el dedo, nadie tendría tiempo de ponerse el traje. En treinta segundos se habría producido el vacío en todos los pasillos. Todos aquellos que estuvieran al otro lado de las compuertas podrían elegir entre una muerte lenta por asfixia o reventar por descompresión.

También se incluye en el plan el conectarme el interruptor de protección al pulso para tener la mano libre y poder dormir. Lo de dormir tendrá que esperar. Terminada la conexión, activé el intercomunicador y anuncié que estaba dispuesto a hablar sólo con el coordinador, con nadie más.

Cuando por fin me pusieron con él, le dije lo que había hecho y le sugerí que lo comprobara, lo cual no le llevó mucho tiempo. Entonces le presenté mis demandas: una operación para reemplazar los demás miembros de mi cuerpo, naturalmente. La operación se debería realizar en estado consciente (un interruptor de protección controlado por los latidos del corazón se podría trastocar con un marcapasos) y tendría que realizarse aquí mismo, para asegurarme de que nadie pudiera rectificar los cambios provocados en los circuitos.

Llamaron a los médicos, quienes insistieron en que una operación tan complicada no se podría hacer con anestesia local. Mentían, claro; la amputación era algo normal antes incluso de que se inventaran los anestésicos. De acuerdo, decían, pero podría desmayarme. Les dije que no me desmayaría y que, de cualquier modo, estaba dispuesto a correr el riesgo. Que al fin y al cabo era asunto mío.

(Todavía no he mencionado que el plan completo incluye la sustitución de todos mis órganos internos además de las extremidades, o, por los menos, aquellos órganos que al deteriorarse pueden provocar la muerte. De esta manera me convertiré en un auténtico ciborg, un cerebro humano en un cuerpo «artificial» con miles de años de vida por delante. Con unas docenas, o cientos de años de investigación podría descubrir algo para subsanar las debilidades cerebrales. Podría incluso llegar a conectarme con la Red de Datos Terrestres y así tener a mi disposición todo el saber humano, y conseguir que mis facultades lógicas y de memoria no se vieran frenadas por el ritmo tan lento del proceso natural electroquímico de las neuronas.)

Un psiquiatra, desde la Tierra, intentó convencerme de lo equivocado de mi actitud. Que el horrible trauma de mi accidente «evidentemente» me había desquiciado, y que la implantación ciborg no había conseguido más que empeorar mi trastorno mental. Demostró, o por lo menos se demostró a sí mismo, que mi comportamiento coincidía con cierto modelo clásico de locura. Teniendo todo esto en cuenta, dijo, si deponía mi actitud se me perdonarían los crímenes y me acogerían los brazos siempre abiertos de la institución psiquiátrica.

Invertí el tiempo necesario para hacerle ver los errores básicos de su planteamiento. Creía que había perdido mi identidad precisamente por haber perdido la cara y los órganos sexuales y que, en el fondo, yo era una «buena» persona que había visto cómo mi esencia humana había resultado pervertida por una alienación tanto física como existencial. Falso. Empleando su misma terminología, yo soy en realidad una persona «mala» cuya verdadera naturaleza ha quedado al descubierto por el afortunado accidente, liberándome así del parentesco existencial con el vulgar rebaño.

Y malo es la palabra exacta, no inadaptado, amoral o criminal. A los ojos de los humanos, soy tan malo como lo es cualquier humano a los ojos de un animal que es criado para servir de comida, y la analogía no puede ser más exacta. Sacrificaré otros seres humanos no sólo para sobrevivir, sino por comodidad, curiosidad o diversión. Sólo dejaré con vida a aquellos que no me molesten y recompensaré con generosidad a los que me brinden su ayuda.

Ya no les quedan más que cuarenta minutos. Saben que yo...

*(Fin de la grabación).*

### EXTRACTO DEL INFORME SUMARIO 1 OCTUBRE, 2058

Soy el doctor Henry Janovski, jefe del equipo quirúrgico que trabajó en la desgraciada ampliación ciborg del doctor Wilson Cheetham.

Tuvimos suerte de que la locura del doctor Cheetham anulara su natural preciso y minucioso. De haber tenido

---

**5ª Feria del libro en Azcapotzalco**  
más tiempo para preparar su plan, estoy convencido de que nos hubiera puesto en un auténtico apuro.

Tendría que haberse dado cuenta de que el muro protector que lo mantenía a salvo del resto de Nearside era de acero, excelente conductor eléctrico. Si se hubiera rodeado de un buen material aislante habría podido escapar a su destino.

El waldo que utilizaba Cheetham es un instrumento maravilloso, pero también, básicamente, un mecanismo seudointeligente que obedece órdenes precisas transmitidas por frecuencia de radio. Lo único que tuvimos que hacer fue anular las señales que le llegaban desde el sistema nervioso de Cheetham.

Colgamos un potente amplificador en el muro de acero, a modo de inmenso transmisor de radio. Para generar la señal que queríamos ampliar, uno de nuestros técnicos se puso una manga de conexión para waldos sujetando un mando parecido al botón de protección de Cheetham. Le atamos la mano cerrada, conectamos el amplificador y le dijimos al técnico que se golpeará lo más fuerte que pudiera en la barbilla.

El técnico se dio un puñetazo tan fuerte que perdió el conocimiento durante unos segundos. La acción se transmitió hasta Cheetham y su eco, quizá cien veces más potente, le abrió el cráneo desde la misma barbilla.

Afortunadamente, el costoso brazo ciborg no sufrió desperfecto alguno. En sí, no es ni malo ni bueno, ni loco ni cuerdo, tal como me encargaré de demostrar.

Los experimentos seguirán aunque, como es lógico, a partir de ahora tendremos más cuidado al elegir los su-

jetos. Parece evidente, analizando lo ocurrido, que no debemos utilizar como sujetos aquellas personas que hayan sufrido un accidente traumático como el Cheetham. Tendremos que utilizar voluntarios dispuestos a ello; yo mismo, por ejemplo.

No soy joven y mis manos, algo débiles y temblorosas, limitan ya el número de operaciones que podría realizar, cuando por mis conocimientos y afición podría realizar todas las que quisiera. Haré que me sustituyan el brazo izquierdo, que es el que empieza a fallar más, y me implanten la maravilla mecánica de Cheetham, y seguiré los mismos ejercicios de adiestramiento, todo ello, desde luego, en bien de la humanidad y no en su perjuicio.

¡La de milagros que voy a obrar con el bisturí!



## LA BOCA

JOSÉ CARLOS SOMOZA

Nadie ha tocado nunca un timbre tan terrible: no me refiero al sonido que produjo sino a la presión en sí, al tacto del botón contra mi dedo, o de mi dedo contra el botón, nadie ha sentido nunca lo mismo que yo; aunque mi sensación fue lógica, ya que físicamente sería imposible tocar el timbre sin el hueso, quiero decir que sin el hueso nuestro dedo se torcería sobre el botón como un tubo de goma, o se aplastaría ridículamente, o se introduciría en sí mismo como un guante vacío, así que hasta cierto punto resulta lógico suponer que el timbre suena con el hueso, que es mi esqueleto el que llama a la puerta, pero nadie ha sentido nunca tal cosa, y me produjo pena y sorpresa comprobar que hasta aquel momento crucial yo ignoraba lo que realmente somos y que el conocimiento puede producirse así, de improviso, mientras el zumbido eléctrico molesta el oído todavía, que se me haya revelado en ese instante doméstico, que cuando Galia abrió la puerta yo ya fuera otro, que el sonido de su timbre

me despertara de un sueño de ignorancia para sumirme en la vigilia de un mundo que, por desagradable que fuera, era más cierto, porque si mi dedo había hecho sonar el timbre era debido a que llevaba hueso en su interior; lo había percibido de repente: mi dedo era un dedo con hueso y su utilidad radicaba en el hueso, al palparlo noté la dureza debajo, tras impensables láminas de músculo, y la realidad de aquella presencia me dejó asombrado, estuporoso, con un estupor y un asombro no demasiado intensos pero permanentes: oh Dios mío, tengo un hueso debajo, mi dedo no es un dedo, es un hueso articulado y protegido contra el desgaste: la idea me vino así, con una lógica tan aplastante que no me sorprendió en sí misma sino su ausencia hasta ese timbre; no había una idea extraña e increíble, había una extraña e increíble omisión de la idea en todo el mundo, justo hasta el histórico momento en que llamé a la puerta del piso de Galia, pero Galia estaba en el umbral con su bata azul celeste y su cabello ondulado como por rulos invisibles, y me contemplaba sorprendida; y es que es una mujer muy perspicaz: apenas me entretuve un instante demasiado largo entre su saludo y mi entrada, y ya me había preguntado qué me ocurría: yo me frotaba el índice de mi descubrimiento contra el pulgar, incapaz de creer aún que lo obvio podía estar tan oculto, casi temeroso de creerlo, y opté por disimular esperando tener más tiempo para razonar, así que entré, le di un beso, me quité el abrigo húmedo y la bufanda y saludé al pasar a César, que ladraba incesante en el patio de la cocina: Galia me dijo qué tal y yo le dije muy bien, y le devolví estúpidamente la pregunta y ella me respondió igual, y de repente me pareció absurdo este diálogo especular de

respuestas consabidas, o quizá era que la revelación me había estropeado la rutina, véase si no otro ejemplo: mantuve tieso el culpable dedo índice mientras entraba, y ni siquiera lo utilicé para quitarme el abrigo, como si una herida repentina me impidiera usarlo, y es que desde que había comprobado que ocultaba un hueso lo miraba con cierta aprensión, como se miran los fetiches o los amuletos mágicos; pero hice lo que suelo hacer: me senté en uno de los dos grandes sofás de respaldo recto, estiré las piernas, saqué un cigarrillo — con los dedos pulgar y medio— y dije que sí casi al mismo instante que Galia me preguntaba si quería café, incluso antes de saber si realmente tenía ganas de café, ya que la tradición es que acepte, y Galia, tan maternal, necesita que yo acepte todo lo que me da y rechace todo lo que no puede darme; tomar el café en la salita, mientras termino el cigarrillo y justo antes de pasar al dormitorio, se ha vuelto, a la larga, el rato más excitante para ambos; charlamos de lo acontecido durante la semana, Galia me pregunta siempre por Ameli y Héctor Luis, se muestra interesada en mis problemas y apenas me habla de los suyos, pero el diálogo es una excusa para que ella me inspeccione, me palpe, capte cosas en mi mirada, en mi forma de vestir, en mis gestos, pues Galia, a diferencia de Alejandra, es una mujer afectuosa, impulsiva y, como ya he dicho, perspicaz, y la conversación no le interesa tanto como ese otro lenguaje inaudible de la apariencia, así que es muy natural que la interrumpa para decirme: estás cansado, ¿verdad?, o bien: hoy no tenías muchas ganas de venir, ¿no es cierto? o bien: cuéntame lo que te ha pasado, vamos, has discutido con Alejandra, ¿me equivoco?, así estemos hablando del tiempo que hace, los estudios de Héctor

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

Luis o lo que sea, da igual, su mirada me envuelve y nota las diferencias; por lo tanto, no fue extraño que esa tarde me dijera, de repente: te encuentro raro, Héctor, y yo, con simulada ingenuidad: ¿sí?, y ella, confundida, aventura la idea de que pueda tratarse de Alejandra o de la niña: no, no es Alejandra, le digo, tampoco es Ameli; Alejandra sigue sin saber nada de lo nuestro, tranquila, y en cuanto a Ameli, ya la dejo por imposible, pero ella concluye que tengo una cara muy curiosa este jueves y yo la consuelo a medias diciéndole que estoy cansado, y ella insiste: pero no es cara de estar cansado sino preocupado, y yo: pues lo cierto es que no me pasa nada, Gali, porque cómo decirle que estoy pensando inevitablemente en el hueso de mi dedo índice, cómo decirle que de repente me he descubierto un hueso al llamar al timbre de su casa: ¿acaso no iba a sentirse un poco dolida?, ¿acaso no pensaría que era una forma como cualquier otra de decirle que ya estaba harto de visitarla cada semana, todos los jueves, desde hace años?, sonaba mal eso de: acabo de darme cuenta, Gali, justo al llamar al timbre de tu puerta, de que tengo un hueso en el dedo, de que mi dedo índice son tres huesos camuflados, para acto seguido decir: bueno, Gali, no pensemos más en que mi dedo índice son tres huesos, ¿no?, y vamos a la cama, que se hace tarde; sonaba mal, sobre todo porque con Galia, igual que con Alejandra, tenía que andar de puntillas: nuestra relación se había prolongado tanto que, a su modo, también era rutinaria, a pesar de que ella seguía llamándola «una locura»; curiosamente, Galia es viuda y libre y yo estoy casado y tengo dos hijos, pero ella sigue diciendo que lo nuestro es «una locura» y yo pienso cada vez más en una aburrida traición, un

engaño cuya monótona supervivencia lo ha despojado incluso del interés perverso de todo engaño dejando sólo los inconvenientes: jamás podría hablarle a Alejandra de Galia, ahora ya no, y jamás podría terminar con Galia, ahora ya no, cada relación se había instalado en su propia rutina y ya ni siquiera podía soñar con escaparme de ésta, porque se suponía que cada una servía precisamente para huir de la rutina de la otra: mi deber era cuidar de ambas, conocer a Galia y a Alejandra, saber qué les gustaba oír y qué no, lo cual, naturalmente, era difícil, y por eso mi propia rutina consistía en callarme frente a las dos; pero en momentos así callarme también era un esfuerzo, porque si me notaba incluso la división entre los huesos, si podía imaginármelos al tacto, sentirlos allí como un dolor o una comezón repentina, ¿cómo podía evitar pensar en eso?; y ni siquiera era mi dedo lo que me molestaba, ya dije, sino mi error al no darme cuenta hasta ahora: esa ceguera era lo que jodía un poco, perdonando la expresión; porque hubiera sido como si me creyera que el arlequín de la fiesta de disfraces no esconde a nadie debajo, cuando es bien cierto que ese alguien bajo el arlequín es quien le otorga forma a este último, que no podría existir sin el primero: sería tan sólo puros leotardos a rombos blancos y negros, bicornio de cascabeles, zapatillas en punta y antifaz, pero no el arlequín, y de igual manera, ¿qué error me llevó a creer hasta esa misma tarde que mi dedo índice era un dedo?; si lo analizamos con frialdad, un dedo es un disfraz, ¿no?, una piel elegante que oculta el cuerpo de un hueso, o de tres huesos si nos atenemos a lo exacto, y a poco que lo meditemos, una vez llegados a este punto y pinchado en el hueso, valga la expresión, ya no se

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

puede retroceder y razonar al revés: decir, por ejemplo, que el hueso es simplemente la parte interna de un dedo: sería como llegar a ver el alma: ¿acaso pensaríamos en el cuerpo con el mismo interés que antes?; pero mientras hablaba con Galia y la tranquilizaba estaba razonando lo siguiente: que este descubrimiento conlleva sus problemas, porque es un hallazgo delator, como atrapar a un miembro de la banda y lograr que revele la guarida de los demás: si mi dedo índice derecho, el dedo del timbre, lleva huesos ocultos, la conclusión más sencilla se extiende como un contagio a los otros cuatro de esa misma mano y, ¿por qué no?, a los cinco de la otra: tengo un total de diez huesos entre las dos manos, tirando por lo bajo, cinco huesos en cada una, y lo peor de todo es que se mueven: porque hay que pensar en esto para horrorizarse del todo: ¿alguna vez vieron moverse solos a diez huesos?, pues ocurre todos los días frente a ustedes, en el extremo final de los brazos: hagan esto, alcen una mano como hice yo aprovechando que Galia se acicalaba en el cuarto de baño (porque Galia se acicala antes y después de nuestro encuentro amoroso), alcen cualquiera de las dos manos frente a sus ojos y notarán el asco: cinco repugnantes huesos bajo una capa de pellejo (ni siquiera huesos limpios, por tanto, sino envueltos en carne) moviéndose como ustedes desean, cinco huesos pegados a ustedes, oigan, y tan usados: saber que nos rascamos con huesos, que cogemos la cuchara con huesos, que estrechamos los huesos de los demás en la calle, que acariciamos con huesos la piel de una mujer como Galia: saberlo es tan terrible pero no menos real que los propios huesos, saberlo es descubrirlo para siempre, y lo peor de todo fue lo que me afectó: no se trata de que no

se me pusiera tiesa en toda la tarde, perdonando la intimidad, ya que esto me ocurría incluso cuando pensaba que los dedos eran dedos, no, lo peor fue el cuidado que puse: tanto que no parecía que estaba haciendo el amor sino operando algún diente delicado; y es que me invadió una notoria compasión por Galia, tan hermosota a sus cincuenta incluso, al pensar que sobaba sus opulencias, sus suavidades, con huesos fríos y duros de cadáver: mi culpa llegó incluso a hacerme balbucear incongruencias, desnudos ambos en la cama: ¿soy demasiado duro?, comencé por decirle, y ella susurró que no y me abrazó maternalmente, e insistir al rato, todo tembloroso: ¿no estoy siendo quizá algo tosco?, y ella: no, cariño, sigue, sigue, pero yo la tocaba con la delicadeza con que se cierran los ojos de un muerto, porque ¿cómo olvidar que eran huesos lo que deslizaba por sus muslos?, aún más: ¿cómo es que ella no lo sabía?, ¿acaso no se percataba de que las caricias que más le gustaban, aquellas en que mis dedos se cerraban sobre su carne, eran debidas a los huesos?: sin ellos, tanto daría que la magreara con un plumero: ¿cómo podría estrujar sus pechos sin los huesos?, ¿cómo apretaría sus nalgas sin los huesos?, ¿cómo la haría venirse, en fin, sin frotar un hueso contra su cosa, perdonando la vulgaridad?: sin los huesos, mis dedos valdrían tanto como mi pilila, perdonando la obscenidad, o sea, nada: ¿cómo es que ella no se horrorizaba de saber que nuestros retozos, que tanto le agradaban, eran puro intercambio de huesos muertos?, porque incluso sus propias manos, y mis brazos, y los suyos, Dios mío, ¿no eran largos y recios huesos articulados que se deslizaban por nuestros cuerpos, nos envolvían, apretaban nuestra carne, nos abrazaban?, ¿acaso

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

era posible no sentir el grosero tacto de los húmeros, la chirriante estrechez del cúbito y el radio, los bolondros del codo y la muñeca?; sumido en esa obsesión me hallaba cuando dije, sin querer: ¿no estoy siendo muy afilado para ti?, y ella dijo: ¿qué?, y supe que la frase era absurda: «afilado», ¿cómo podía alguien ser «afilado» para otro?, y casi al mismo tiempo me percaté de que era la pregunta correcta, la más cortés, la más cierta: porque con toda seguridad había huesos y huesos, unos afilados y otros romos, unos muy bastos y ásperos como rocas lunares y otros pulidos quizá como jaspes: incluso era posible que el tacto del mismo hueso dependiera del ángulo en que se colocaba con respecto a la piel, porque un hueso es un poliedro, casi un diamante, y hay que imaginarse sobando a la querida con diez durísimos y helados cuarzos para comprender mi situación, pensar en la carilla adecuada que usaremos para deslizarlos por la piel, el borde más inofensivo, no sea que nuestros apretujones se conviertan en el corte del filo de un papel, en la erizante cosquilla de una navaja de barbero; y entre éstas y otras se nos pasó el tiempo y terminamos como siempre pero peor, resoplando ambos bocarriba como dos boyas en el mar, mirando al techo, con esa satisfacción pacífica que sólo otorga la insatisfacción perenne: cuánto tiempo hace que tú y yo no disfrutamos, Galia, pienso entonces, que vamos llevando esto adelante por no aguardar la muerte con las manos vacías, tiempo repetido que nunca se recobra porque nunca se pierde, días monótonos, el trasiego de la rutina incluso en la excepción: porque, Galia, hemos hecho un matrimonio de nuestra hermosa amistad, eso es lo que pienso, pero hubiéramos podido ser felices si todo esto con-

servara algún sentido, si existiera alguna otra razón que no fuera la inercia para mantenerlo; oía su respiración jadeante de cincuenta años junto a mí y trataba de imaginarme que estaba pensando lo mismo: ese silencio, Galia, que nunca llenamos, la distancia de nuestra proximidad, por qué tener que imaginarlo todo sin las palabras, qué piensas de mí, qué piensas de ti misma, por qué hablar de lo intrascendente, y va y me indaga ella entonces: ¿qué tal el trabajo?, porque cree que el exceso de dedicación me está afectando, y yo le digo que bien, y ella, apoyada en uno de sus codos e inclinada sobre mí, los pechos como almohadas blandas, vuelve a la carga con Alejandra: pero te ocurre algo, Héctor, dice, desde que has entrado hoy por la puerta te noto cambiado, ¿no será que Alejandra sospecha algo y no me lo quieres decir?, y le he contestado otra vez que no, y a veces me interrogo: ¿por qué todo esto?, ¿por qué lo mismo de lo mismo, este vaivén inacabable?, ¿qué pasaría si un día hablara y confesara?, ¿qué pasaría si por fin me decidiera a hablar delante de Alejandra, pero también delante de Galia y de mí mismo?, decir: basta de secretos, de engaños, de misterios: ¿qué sentido le encontráis a todo?, ¿por qué oficiar siempre el mismo ritual de lo cotidiano?, y para cambiar de tema le comento que Ameli está atravesando ahora la crisis de la adolescencia y discute frecuentemente conmigo y que Héctor Luis ha decidido que no será dentista sino aviador; a Galia le gusta saber lo que ocurre con mis hijos, ese tema siempre la distrae, incluso me ofrece consejos sobre cómo educarlos mejor, y yo creo que goza más de su maternidad imaginaria que Alejandra de la real; en todo caso, es un buen tema para cambiar de tema, y pasamos un largo rato

charlando sin interés y pienso que es curioso que venga a casa de Galia para hablar de lo que apenas importa, ya que eso es prácticamente lo único que hago con Alejandra; en los instantes de silencio previos a mi partida seguimos mirando el techo, o bien ella me acaricia, zalamera, incluso pesada, y me dice algo: esa tarde, por ejemplo: me gusta tu pecho velludo, así lo dice, «velludo», y no sé por qué pero de repente me parece repugnante recibir un piropo como ése, aunque no se lo comento, claro, y ella, insistente, juega con el vello de mi pecho y sonrío; Galia es una orquídea salvaje, pienso, y a saber por qué se me ocurre esa pijada de comparación, pero es tan cierta como que Dios está en los cielos aunque nunca le vemos: Galia es una orquídea salvaje en olor, tacto, sabor, vista y sonido, y me encuentro de repente pensando en ella como orquídea cuando la oigo decir: ¿por qué me preguntaste antes si eras «afilado»? ¿eso fue lo que dijiste?, y me pilla en bragas, perdonando la expresión, porque al pronto no sé a lo que se refiere, y cuando caigo en la cuenta, y para no traicionarme, le respondo que quería saber si le estaba haciendo daño en el cuello con mis dientes, y ella va y se echa a reír y dice: ¡vampirillo, vampirillo!, y vuelve a acariciarme, y como un tema trae otro, lo de los dientes le recuerda que necesita hacerse otro empaste, porque hace dos días, comiendo empanada gallega, notó que se le desprendía un pedacito de la muela arreglada, así que pasará por mi consulta sin avisarme cualquier día de estos, y de esa forma nos veremos antes del jueves, dice, y su sonrisa parece dar a entender que está recordando el día en que nos conocimos, porque las mujeres son aficionadas a los aniversarios, ella tendida en el sillón articulado, la boca

abierta, y yo con mi bata blanca y los instrumentos plateados del oficio, y como para confirmar mis sospechas me acaricia de nuevo el pecho «velludo» y dice: me gustaste desde aquel primer día, Héctor, me hiciste daño pero me gustaste, y claro está que nos reímos brevemente y yo le digo que nunca he comprendido por qué se enamoró de mí en la consulta, qué clase de erotismo desprendería mi aspecto, bajito, calvo y bigotudo, amortajado en mi bata blanca, entre el olor a alcohol, benzol, formol y otros volátiles, provisto de garfios, tenacillas, tubos de goma, lancetas y ganchos, porque no es que mi oficio me disgustara, claro que no, pero no dejaba de reconocer que la consulta de un dentista de pago es cualquier cosa menos mi balcón a la luz de la luna frente a un jardín repleto de tulipanes, eso le digo y ella se ríe, y por último el silencio regresa otra vez, inexorable, porque es un enemigo que gana siempre la última batalla; llega la hora de irme, esa tarde más temprano porque mi suegro viene a cenar a casa, y cuando voy a levantarme le oigo decir, como de forma casual: ¿qué haces frotándote los dedos sin parar, Héctor?, ¿te pican?, eso dice, y descubro que, en efecto, he estado todo el rato dale que dale moviendo los dedos de la mano derecha como si repitiera una y otra vez el gesto con el que indicamos «dinero» o nos desprendemos de alguna mucosidad, perdonando la vulgaridad, que es casi el mismo que el que utilizamos para indicar «dinero», y enrojezco como un niño de colegio de curas pillado en una mentira y quedo sin saber qué decirle, hasta que por fin me decido y opto por revelarle mi hallazgo: nada, digo, ¿es que nunca te has tocado el hueso que tenemos bajo los dedos?, y lo pregunto con un tono prefabrica-

do de sorpresa, como si lo increíble no fuera que yo me los frotase sino que ella no lo hiciera: qué dices, me mira sin entender, y me encojo de hombros y le explico: es que resulta curioso, ¿no?, quiero decir que si te tocas los dedos notas durezas debajo, ¿verdad?, y esas durezas son el hueso, ¿no te parece curioso, Gali?, toca, toca mis dedos: ¿no lo palpas bajo la piel, la grasa y los tendones?, es un hueso cualquiera, como los que César puede roer todos los días; le digo, y ella retira la mano con asco: qué cosas tienes, Héctor, dice, es repugnante, dice, y yo le doy la razón: en efecto, es repugnante pero está ahí, son huesos, Gali, mondos y lirondos, blancos, fríos y duros huesos sin vida: sin vida no, dice ella, pero replico: sin vida, Gali, porque nadie puede vivir con los huesos fuera, los huesos son muerte, por eso nos morimos y sobresalen, emergen y persisten para siempre, pero se ocultan mientras estamos vivos, es curioso, ¿no?, quiero decir que es curioso que seamos incapaces de vivir sin los huesos de nuestra propia muerte, pero más aún: que los llevemos dentro como tumbas, que seamos ellos ocultos por la piel, que seamos el disfraz del esqueleto, ¿no, Gali?, y ella: ¿te pasa algo, Héctor?, y yo: no, ¿por qué?, y ella: es que hablas de algo tan extraño, y yo le digo que es posible y me callo y pienso que quién me manda contarle mi descubrimiento a Galia, sonrío para tranquilizarla y me levanto de la cama, no sin antes cubrirme convenientemente con la sábana, ya que siempre me ha parecido, a propósito del tema, que la desnudez tiene su hora y lugar, como la muerte, y recojo la ropa doblada sobre la silla, me visto en el cuarto de baño y para cuando salgo Galia me espera ya de pie, en bata estampada por cuya abertura despuntan orondos los pe-

chos y destaca el abultado pubis, me da un besazo enorme y húmedo y me envuelve con su cariño y bondad maternas: te quiero, Héctor, dice, y yo a ti, respondo, y no te preocupes, dice, porque otro día nos saldrá mejor, y me recuerda aquel jueves de la primavera pasada, o quizá de la anterior, en que fuimos capaces de hacerlo dos veces seguidas y en que ella me bautizó con el apodo de «hombre lobo»: teniendo en cuenta que hoy he sido «vampirillo», más intelectual pero menos bestia, quién duda de que me convertiré cualquier futuro jueves en «momia» y terminará así este ciclo de avatares terroríficos que comenzó con un «frankenstein» **entre luces blancas, olor a fármacos y cuchillas plateadas**, pero esto lo digo en broma, porque bien sé que lo nuestro nunca terminará, ya que, a pesar de todo —incluso de mi escasa fogosidad—, es «una locura», o no, porque hay ritual: el rito de decirle adiós a César, ladrando en el patio encadenado a una tubería oxidada, el beso final de Galia, y otra vez en la calle, ya de noche, frotándome los dedos dentro de los bolsillos del abrigo mientras camino, porque vivo cerca de la casa de Galia y tengo mi trabajo cerca de donde vivo, así que me puedo permitir ir caminando de un sitio a otro, todo a mano en mi vida salvo los instantes de vacaciones en que nos vamos al apartamento de la costa, y, sin embargo, debido a la repetición de los veranos, también a mano el apartamento, y la costa, y todo el universo, pienso, tan próximo todo como mis propias manos, y, sin embargo, a veces tan sorprendentemente extraño como ellas: porque de improvisto surge lo oculto, los huesos que yacen debajo, ¿no?, pienso eso y froto mis dedos dentro de los bolsillos del abrigo; y ya en casa, comprobar que mi suegro había llega-

do ya y excusarme frente a él y Alejandra con tonos de voz similares, aunque ambos creen que los jueves me quedo hasta tarde en la consulta «haciendo inventario», que es la excusa que doy, así me cuesta menos trabajo la mentira, ya que me parece que «hacer inventario» es suministrarle a Alejandra la pista de que mi demora es una invención, una alocada fantasía de mi adolescencia póstuma, hasta tal extremo de juego y cansancio me ha llevado el silencio de estos últimos años; además, sospecho que el viejo escoge los jueves para disponer de un rato a solas con Alejandra mientras yo estoy ausente, lo cual, hasta cierto punto, me parece una compensación, Alejandra tiene a su padre y yo tengo a Galia, y sospecho que desde hace meses ambas parejas pasamos el tiempo de manera similar: hablando de tonterías y fumando; el padre de Alejandra, rebasados los ochenta, tiene una cabeza tan perfecta y despejada que te hace desear verlo un poco confuso de vez en cuando, que Dios me perdone, porque además ha sido librero, propietario de una antigua tienda ya traspasada en la calle Tudescos, hombre instruido y amante de la letra impresa, particularmente de los periódicos, y con un genio detestable muy acorde con su inútil sabiduría y su fisonomía encorvada y su lengua barbilla lampiña; Alejandra, que ha heredado del viejo el gusto por la lectura fácil y la barbilla, además de cierta distracción del ojo izquierdo que apenas llega a ser bizquera, se enzarza con él en discusiones bienintencionadas en las que siempre terminan ambos de acuerdo y en contra de mí, aunque yo no haya intervenido siquiera, ya que al viejo nunca le gustó nuestro matrimonio, y no porque hubiera creído que yo era una mala oportunidad, sino por «principios», porque el vie-

jo es de los que odian *a priori*, y yo nunca sería él, nunca compartiría todas sus opiniones, nunca aceptaría todos sus consejos y, particularmente, jamás permitiría que Alejandra regresara a su área de influencia (vacía ya, porque su otro hijo se emancipó hace tiempo y tiene librería propia en otra provincia); además, mi profesión era casi una ofensa al buen gusto de los «intelectuales discretos» a los que él representa, porque está claro que los dentistas sólo sabemos provocar dolor, somos terriblemente groseros, apenas se puede hablar con nosotros a diferencia de lo que ocurre con el peluquero o el callista (debido a que no se puede hablar mientras alguien te hurga en las muelas), y, por último, ni siquiera poseemos la categoría social de los cirujanos: el hecho de que yo ganara más que suficiente como para mantener confortables a Alejandra y a mis dos hijos, poseer consulta privada, secretaria y servicio doméstico, no excusaba la vulgaridad de mi trabajo, pero lo cierto es que nunca me había confiado de manera directa ninguna de estas razones: frente a mí siempre pasaba en silencio y con fingido respeto, como frente a la estatua del dictador, pero se agazapaba aguardando el momento de mi error, el instante apropiado para señalar algo en lo que me equivoqué por no hacerle caso, aunque, por supuesto; nunca de manera obvia ni durante el período inmediatamente posterior a mi pequeño fracaso, porque no era tanto un cazador legal como furtivo y rondaba en secreto a mi alrededor esperando el instante apropiado para que su odio, dirigido hacia mí con fina puntería, apenas sonara, y entonces hablaba con una sutileza que él mismo detestaba que empleasen con él, ya que había que ser «franco, directo, como los hombres de antes», pero yo,

lejos de aborrecerle, le compadecía (y fingía aborrecerle precisamente porque le compadecía): me preguntaba por qué tanto silencio, por qué llevarse todas sus maldiciones a la tumba, cuál es la ventaja de aguantar, de reprimir la emoción día tras día o enfocarla hacia el sitio incorrecto; pero lo más insoportable del viejo era su fingida indiferencia, esa charla intrascendente durante las cenas, ese acuerdo tácito para no molestar ni ser molestado, tan bien vestido siempre con su chaqueta oscura y su corbata negra de nudo muy fino: un día te morirás trabajando, me dice cuando me excuso por la tardanza, y no te habrá servido de nada: este gobierno nunca nos devuelve el tiempo perdido ese del señor Joyce, añade (su costumbre de citar autores que nunca ha leído sólo es superada por la de citarlos mal), que diga, Proust, se corrige, a mí siempre los escritores franceses me han dado por atrás, con perdón, dice, y por eso me equivoco, y Alejandra se lo reprocha: papá, dice; mientras finjo que escucho al viejo, contemplo a Alejandra ir y venir instruyendo a la criada para la cena y llego a la conclusión de que mi mujer es como la casa en la que vivimos: demasiado grande, pero a la vez muy estrecha, adornada inútilmente para ocultar los años que tiene y llena de recuerdos que te impiden abandonarla; Alejandra tiene amigas que la visitan y le dan la enhorabuena cuando Ameli o Héctor Luis consiguen un sobresaliente; a diferencia de Galia, Alejandra es fría, distinguida e intelectual a su modo, y vive como tantas otras personas: pensando que no está bien vivir como a uno realmente le gustaría, porque Alejandra cree que el matrimonio termina unos meses después de la boda y ya sólo persiste el temor a separarse; su religión es semejante: hace tiempo que

dejó de creer en la felicidad eterna y ahora tan sólo teme la tristeza inmediata; sin embargo, invita a almorzar con frecuencia al párroco de la iglesia y acude a ésta con una elegancia no llamativa, lo que considera una característica importante de su cultura, pues en la iglesia se arrodilla, reza y se confiesa y murmura por lo bajo cosas que parecen palabras importantes; a veces he pensado en la siguiente blasfemia: si a Dios le diera por no existir, ¡cuántos secretos desperdiciados que pudimos habernos dicho!, ¡qué opiniones sobre ambos hemos entregado a otros hombres!, pero lo terrible es qué tanto da que Dios exista: dudo que al final me entere de todo lo que comentas sobre mí y sobre nuestro matrimonio en la iglesia, Alejandra, eso pienso; qué va: por paradójico que resulte, la iglesia es el lugar donde la gente como nosotros habla más y mejor, pero todo se disuelve en murmullos y silencio y oraciones, y la verdad se pierde irremediabilmente: quizá la clave resida en arrodillarnos frente al otro siempre que tengamos necesidad de hablar, o en hacerlo en voz baja y muy rápido, sin pensar, como si rezáramos un rosario; y meditando esto oigo que el viejo me dice: ¿te pasa algo en los dedos, Héctor?, con esa malicia oculta de atraparme en otro error: y es que ahora compruebo que desde que he llegado no he dejado en ningún momento de palparme los extremos de las falanges, los rebordes óseos, el final de los metacarpos; ¿qué opinaría el viejo si le confiara mi hallazgo?, pienso y sonrío al imaginar las posibles reacciones: nada, le digo, y muevo los huesos ante sus ojos y cambio de tema; ni Ameli ni Héctor Luis están en casa cuando llego, e imagino que es la forma filial que poseen de «hacer inventario» por su cuenta, lo cual no me parece ni malo

ni bueno en sí mismo, y nos sentamos a la mesa casi enseñada y Alejandra sirve de la fuente de plata con el cucharón de plata las albóndigas de los jueves, y nos ponemos a escuchar la conversación del viejo con el debido respeto, como quien oye una interminable bendición de los alimentos, interrumpido a ratos por las breves acotaciones de Alejandra, sólo que esa noche el tema elegido se me hace extraño, alegórico casi, y además empiezo a sentirme incómodo nada más comenzar a comer, porque los brazos, que apoyo en el borde de la mesa, me han desvelado con todo su peso la presencia de los huesos, del cúbito y el radio que guardan dentro, y los codos se me figuran una zona tan inadecuada y brutal para esa respetuosa reunión como colocar quijadas de asno sobre la mesa mientras el viejo habla, y en su discurso de esa noche repite una y otra vez la palabra «corrupción»: ¿habéis visto qué corrupción?, dice, ¿os dais cuenta de la corrupción de este gobierno?, ¿acaso no se pone de manifiesto la corrupción del sistema?, ¿no son unos corruptos todos los políticos?, ¿no oléis a corrupción por todas partes?, ¿no se ha descubierto por fin toda la corrupción?, y mientras le escucho, intento no hacer ruido con mis brazos, porque de repente me parece que la madera de la mesa al chocar contra el hueso produce un sonido como el de un muerto arañando el ataúd y no me parece correcto escuchar la opinión del viejo con tal ruido de fondo, pero como tengo que comer, cojo tenedor y cuchillo y divido una albóndiga en dos partes y me llevo una a los labios intentando no mirar hacia los huesos que sostienen el tenedor, porque no es agradable la paradoja de verme alimentado por un esqueleto, aunque sea el mío, pero mientras mastico con los ojos

cerrados oyendo al viejo hablar de la «corrupción» mi lengua detecta una esquirra, un pedacito de algo dentro de la albóndiga, y, tras quejarme a Alejandra con suavidad, recibo esta respuesta: será un huesecillo de algo, es que son de pollo, Héctor, y es quitarme con mis huesos índice y pulgar el huesecillo y dejado sobre el plato, e írseme la mente tras esta idea inevitable: que dentro de todo lo blando necesariamente existe lo que queda, el hueso, el armazón, la dureza, el hallazgo, aquello oculto que es blanco y eterno, lo que permanece en el cedazo, la piedra, lo que «nadie quiere»; es imposible huir de «eso que queda», porque está dentro, así que escondo los brazos bajo la mesa, incluso me tienta la idea de comer como César, acercando el hocico al plato, pero ¿acaso no es inútil todo intento de disimulo frente al apocalíptico trajín de la cena?, porque lo que percibo en ese instante es algo muy parecido a una hogareña resurrección de los muertos: incluso con el apropiado evangelista — mi suegro —, gritando «corrupción»: Alejandra coge el pan con sus huesos y lo hace crujir y lo parte, el viejo apoya los huesos en el mantel y los hace sonar con ritmo, Alejandra coge el cucharón con sus huesos y sirve más albóndigas repletas de huesecillos de pollo muerto, el viejo va y se limpia los huesos sucios de carne ajena con la servilleta, Alejandra señala con su hueso la cesta del pan y yo se la alcanzo extendiendo mis huesos y ella la coge con los suyos, hay un cruce de húmeros, cúbitos y radios, de carpos y metacarpianos, de falanges, y nos pasamos de unos a otros, de hueso a hueso, la vinagrera, el aceite, la sal, el vino y la gaseosa, y llegan Ameli y Héctor Luis, una del cine y el otro de estudiar, y saludan, y Ameli desliza sus frágiles huesos de quince años

por mi cabeza calva, envuelve con sus breves húmeros mi cuello, me besa en la mejilla: ¿dónde has estado hasta estas horas?, le pregunto, y ella: en el cine, ya te lo he dicho, y yo: pero ¿tan tarde?; sí, dice, habla sin mirar sus manos gélidas, los huesos de sus manos muertas, sus brazos como pinzas blancas; sí, papá, la película terminó muy tarde; y de repente, mientras la contemplo sentándose a la mesa, su cabello oscuro y lacio, los ojos muy grandes, el jersey azul celeste tenso por la presencia de los huesos, he sentido miedo por ella, he querido cogerla, atraparla y bogar juntos por ese fluir desconocido e incesante hacia la oscuridad final: creo que deberías volver más temprano a casa a partir de ahora, Ameli, le digo, y ella: ¿por qué?, con sus ojos brillando de disgusto, y yo, mis brazos escondidos, ocultos, sin revelarlos: creo que las calles no son seguras, y el viejo me interrumpe: hoy ya nada es seguro, Héctor, dice y sigue comiendo, Alejandra sirve albóndigas y Héctor Luis se queja de que son muchas, y Ameli: ¡pero ya tengo quince años, papá!, y yo: es igual, y entonces Alejandra: no seas muy duro con la niña, Héctor, dice, le dimos permiso para que volviera hoy a esta hora, pero ella sabe que solamente hoy; guardo silencio: en realidad, todo se sumerge en el silencio salvo el entrechocar de los huesos; Ameli y Héctor Luis son tan distintos, pienso, pero en algo se parecen, y es que ambos se nos van; no los he visto crecer, los he visto *irse*: pero ni siquiera eso, pienso ahora, porque jamás he podido saber si alguna vez estuvieron por completo; Ameli tiene novio, pero es un secreto; sabemos que Héctor Luis ha salido con varias chicas, pero lo que piensa de ellas es secreto; ambos se han hecho planes para el futuro, tienen deseos, ganas de

hacer cosas, pero todo es secreto: quizá lo comentan en los «pubs» a falta de una buena iglesia en la que poder hablar como nosotros, tan a gusto, pero en casa adoptan los dos mandamientos trascendentales de la familia: nunca hablarás de nada importante y ama el enigma como a ti mismo, ¡y si hubiera sólo silencio!, pero es la charla insignificante lo que molesta, y ahora esos ruidos detrás: el golpe, el crujir de nuestros huesos; siento algo muy parecido a la pena, pero una pena casi biológica, como una mota en el ojo o el aroma inevitable de la cebolla cruda, y me disculpo para ir al baño y llorar a gusto por algo que no entiendo, y más tarde, en la cama, con Alejandra a mi lado leyendo complacida un librito de romances, me da por preguntarle: ¿soy demasiado duro contigo? mientras me observo los huesos tranquilos sobre la colcha: mis manos muertas y peladas, los cúbitos y radios en aspa, los húmeros convergiendo, y ella deja un instante el libro que sostiene con sus huesos, me mira sorprendida y dice: no, Héctor, no, ¿por qué preguntas eso?, y yo, insistente: ¿he sido duro contigo alguna vez?, y ella: nunca, y yo: ¿quizá soy demasiado tosco?, y ella: Héctor, ¿qué te pasa?, y yo: demasiado rudo quizá, ¿no?, y ella: no seas bobo, ¿lo dices porque hoy no hablaste apenas durante la cena?, ya sé que papá no te cae bien, me da un beso y añade: procura descansar, el trabajo te agota, y la veo extender las falanges blancas y articuladas de sus dedos, apagar la lamparilla de pantalla rosa y sumir la habitación en una oscuridad donde la luz de la luna, filtrada, hace brillar las superficies ásperas de nuestros huesos; después, en el sueño, he presenciado un teatro de sombras donde mis manos y brazos se movían, desplazándose, porque eran lo único,

ya que la vida se había invertido como un negativo de foto y ahora sólo importaba lo oculto, el secreto descubierto: los huesos de mis manos se extendían con un sonido semejante a los resortes de madera de ciertos juguetes antiguos, emergiendo del telón negro que los rodeaba: son ellos solos, el mundo es ellos, brazos y manos colgantes que hacen y deshacen, crean y destruyen, no nacen ni mueren, simplemente cambian su posición, horizontal, vertical, en ángulo, hacia arriba o hacia abajo, brazos que se balancean al caminar y manos que agarran con sus huesos cosas invisibles; y a la mañana siguiente, tras toda una noche de sueños interrumpidos y vueltas en la cama, creo comprenderlo: mi revelación es una lepra que avanza incesante, porque suena el despertador con su timbre gangoso que tanto me recuerda a una trompeta de cobre, pongo los pies descalzos en las zapatillas y lo noto: la dureza bajo las plantas, la pelusa del forro de las zapatillas adherida a los huesos del tarso, el rompecabezas de huesos irregulares de mis pies, los extremos de la tibia y el peroné sobresaliendo por el borde del pijama, las rótulas marcando un óvalo bajo la tela extendida, y al erguirme, el crujido de los fémures: el descubrimiento no me hace ni más ni menos feliz que antes, ya que lo intuía como una consecuencia, pero un estupor inmóvil de estatua persiste en mi interior; y al ducharme viene lo peor, porque entonces compruebo que los golpes de las gotas no me lavan sino que se limitan a disgregarme la suciedad por mis huesos: arrastran el barro de mis costillas goteantes, concentran la cal en mis pies, desprenden la tierra, permean las juntas, las grietas, los desperfectos, rajan los pequeños metacarpos como cáscaras de huevo, horadan mis clavícu-

las y escápulas, pero no hoy ni ayer sino todos y cada uno de los días en un inexorable desgaste, siento que me disuelvo en agua y salgo con prisa no disimulada de la bañera y seco mi esqueleto goteante, deslizo la toalla por el cilindro de los huesos largos como si envolviera unos juncos, la arranco con torpeza de la trabazón de las vértebras, froto como cristales de ventana los huesos planos, pienso que debo conservarme seco para siempre porque de repente sé que soy un armazón de cincuenta años de edad que solo puede humedecerse con aceite, y es en ese instante, o quizá un poco después, cuando apoyo la maquinilla de afeitar contra mi rostro, que siento la invasión final de esa lepra y quedo tan inerme que apenas puedo apartar las cuchillas giratorias de mi mejilla: algo parecido a una horrisona dentera me paraliza, porque de repente noto como el restregar de un rastrillo contra una pizarra o el arañar baldosas con las patas metálicas de una silla, incluso imagino que pueden saltar chispas entre la maquinilla y el hueso de la mandíbula o el pómulo; me palpo con la otra mano la cabeza, siento las durezas del cráneo, el arco de las órbitas, el puente del maxilar, el ángulo de la quijada, y pienso: ¿por qué finjo que me afeito?, ¿acaso mi rostro no es un añadido, una capa, una máscara?; entra Alejandra en ese instante y casi me parece que gritará al ver a un desconocido, pero apenas me mira y se dirige al lavabo; yo me aparto, desenchufo la maquinilla y la guardo en su funda, y ella: ¿ya te has afeitado, Héctor?, y yo: sí, y salgo del baño con rapidez: ¡no podría acercar esa maquinilla a los huesos de mi calavera!; todo es tan obvio que lo inconcebible parece la ignorancia, pienso mientras me visto frente al espejo del dormitorio y abrocho la camisa

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

blanca alrededor de las delgadas vértebras cervicales: llevar un cráneo dentro, una calavera sobre los hombros, besar con una calavera, pensar con una calavera, sonreír con una calavera, mirar a través de una calavera como a través de los ojos de buey de un barco fantasma, hablar por entre los dientes de una calavera: aquí está, tan simple que movería a risa si no fuera espantoso, y me afano en terminar el lazo de mi corbata con los huesos de mis dedos sonando como agujas de tricotar; Alejandra llega detrás, peinándose la melena amplia y negra que luce sobre su propia calavera, y el paso del cepillo descubre espacios blancos en el cuero cabelludo donde los pelos se entierran: parece inaudito saberlo ahora, contemplarlo ahora; entre los dientes sostiene dos ganchillos: el asco llega a tal extremo que tengo que apartar la vista: allí emerge el hueso, pienso, el subterfugio, el disfraz, tiene un defecto, como una carrera en la media que descubre el rectángulo de muslo blanco; allí, tras los labios, los dientes, los únicos huesos que asoman, y vivimos sonriendo y mostrándolos, y nos agrada enseñarlos y cuidarlos y mi profesión consiste precisamente en mantenerlos en buen estado, blancos y brillantes, limpios, pelados, lisos, desprovistos de carne, como tras el paso de aves carroñeras: esa hilera de pequeñas muertas, esa dureza tras lo blando; ¿acaso no es enorme el descuido?; de repente tengo deseos de decirle: Alejandra, estás enseñando tus huesos, oculta tus huesos, Alejandra, una mujer tan respetable como tú, una señora de rubor fácil, tan educada y limpia, con tu colección de novela rosa y tu familia y tu religión, ¿qué haces con los huesos al aire?, ¿no estás viendo que incluso muerdes cosas con tus huesos?, ¡Alejandra, por favor, que son tus huesos

hundidos en el cráneo oculto, los huesos que quedarán cuando te pudras, mujer: no los enseñes!; esto va más allá de lo inmoral, pienso: es una especie de exhumación prematura, cada sonrisa es la profanación de una tumba, porque desenterramos nuestros huesos incluso antes de morir; deberíamos ir con los labios cerrados y una cruz encima de la boca, hablar como viejos desdentados, educar a los niños para que no mostraran los dientes al comer: un error, un gravísimo error en la estructura social comparable a caminar con las clavículas despellejadas, tener los omóplatos desnudos, descubrir el extremo basto del húmero al flexionar el codo, mostrar las suturas del cráneo al saludar cortésmente a una señora, enseñar las rótulas al arrodillarnos en la misa o las palas del coxal durante un baile o la superficie cortante del sacro durante el acto sexual: y sin embargo, ella y yo, con nuestros horribles dientes, la prueba visible de la existencia de los cráneos: absurdo, murmuro, y ella: ¿decías algo?, pero hablando entre dientes debido a los ganchillos, como si lo hiciera a través de apretadas filas de lápidas blancas, un soplo de aire muerto por entre las piedras de un cementerio, o peor: la voz a través de la tumba, las palabras pronunciadas en la fosa: no, nada, respondo, y ella, intrigada, se me acerca y arrastra sus falanges por mis vértebras: te noto distante desde ayer, Héctor, ¿te ocurre algo?, ¿es el trabajo?, y juro que estuve a punto de decirle: te la pego con una antigua paciente desde hace varios años, todos los jueves a la misma hora, pero no te preocupes porque una increíble revelación me ha hecho dejarlo, ya nunca más regresaré con Galia, no merece la pena (y por qué no decirlo, pienso, por qué reprimir el deseo y no decir la verdad, por

qué no descargar la conciencia y vaciarme del todo); sin embargo, en vez de esa explicación catártica, le dije que sí, que era el exceso de trabajo, y me mostré torpe, callándome la inmensa sabiduría que poseía mientras notaba cómo descendían sus falanges por el edificio engarzado de mi columna, y ella dijo: pero hace mucho tiempo que no me sonrías, y pensé: ¡te equivocas!, somos una sonrisa eterna, ¿no lo ves?: nuestros dientes alcanzan hasta los extremos de la mandíbula y no podemos dejar de sonreír: sonreímos cuando gritamos, cuando lloramos, al pelear, al matar, al morir, al soñar: sonreímos siempre, Alejandra, quise decirle, y la sonrisa es muerte, ¿no lo ves?, quise decirle, **nuestras calaveras** sonrían siempre, así que la mayor sinceridad consiste en apartar los labios, elevar las comisuras y sonreír con la piel intentando imitar lo mejor posible nuestra sonrisa interior en un gesto que indica que estamos conformes, que aceptamos nuestro final: porque al sonreír descubrimos nuestros dientes, «enseñamos la calavera un poco más», no hay otro gesto humano que nos desvele tanto; la sonrisa, quise decirle, traiciona nuestra muerte, la delata; cada sonrisa es una profecía que se cumple siempre, Alejandra, así que vamos a sonreír, separemos los labios, mostremos los dientes, sonriamos para revelar las calaveras en nuestras caras, hagamos salir el armazón frío y secreto, draguemos el rostro con nuestra sonrisa y extraigamos el cráneo de la profundidad de nuestros hijos, de ti y de mí, del abuelo, de los amigos, de los parientes y del cura; pero no le dije nada de eso y me disculpé con frases inacabadas y ella enfrentó mis ojos y me abrazó y sentí los crujidos, la fricción, costilla contra costilla, golpes de cráneos, y supuse que ella también los

había sentido: no seamos tan duros, le dije, y ella respondió, abrazándome aún: no, tú no eres duro, Héctor, y yo le dije: ambos somos duros, y tenía razón, porque se notaba en los ruidos del abrazo, en el telón de fondo de nuestro amor: un sonido semejante al que se produciría al echarnos la suerte con los palillos del I Ching sobre una mesa de mármol, o jugando al ajedrez con fichas de marfil, un trajín de palitos recios como un pimpón de piedra, el entrechocar aparentemente dulce de nuestros esqueletos como agitar perchas vacías; me aparté de ella y terminé de vestirme: quizá soy dura contigo, repitió ella, yo también soy duro, dije, y pensé: y Ameli y Héctor Luis, y todos entre sí y cada uno consigo mismo, ¡qué duros y afilados y cortantes y fríos y blancos y sonoros!; ¿te vas ya?, me dijo, sí, le dije, porque no deseaba desayunar en casa, en realidad no deseaba desayunar nunca más, pero sobre todo, sobre todas las cosas, no deseaba cruzarme con los esqueletos de mis hijos recién levantados, así que casi eché a correr, abrí la puerta y salí a la calle con el abrigo bajo el brazo, a la madrugada fría y oscura; ya he dicho que tengo la consulta cerca, lo cual siempre ha sido una ventaja, aunque no lo era esa mañana: quería trasladarme a ella sólo con mi voluntad, sin perder siquiera el tiempo que tardara en desearlo; caminaba observando con mis cuencas vacías las casas que se abren, las figuras blancas que emergen de ellas como fantasmas en medio de la oscuridad, las primeras tiendas de alimentos llenas de huesos y cadáveres limpios de seres y cosas; caminaba y observaba con mis órbitas negras, lleno de un extraño y perseverante horror: ¿qué hacer después de la revelación?, ¿dónde, en qué lugar encontraría el reposo necesario?; porque ahora necesitaba

envolverme, ahora, más que nunca, era preciso hallar la suavidad; mientras caminaba hacia la consulta lo pensaba: todos tenemos ansias de suavidad: guantes de borrego, abrigos de lana, bufandas, zapatos cómodos; sin embargo, el mundo son aristas, Y. todo suena a nuestro alrededor con crujidos de metal; qué pocas cosas delicadas, cuánta aspereza, cuánta jaula de púas, qué amenaza constante de quebrarnos como juncos, de partirnos, qué mundo de esqueletos por dentro y por fuera, móviles o quietos, invasión blanca o negra de huesos pelados, qué cementerio: toda obra es una ruina, toda cosa recién creada tiene aires de destrucción, y nosotros avanzamos por entre cruces, mármol, inscripciones, rejas y ángeles de piedra como espectros, y la niebla de la madrugada nos traspasa, huesos que van y vienen, esqueletos que se acercan y caminan junto a mí y me adelantan, apresurados, aquel que limpia los huesos en ese tramo de la calle, ese otro que espera en la parada, envuelto en su impermeable, huesos blancos por encima de los cuellos, la muerte dentro como una enfermedad que aparece desde que somos concebidos, ¿no hay solución?; y sorprender entonces a un hombre, una figura, no como yo, no como los demás, que se detiene frente a mí y me habla: ¿tiene fuego?, dice, un individuo desaliñado de espesa melena y barba, rostro pequeño, casi escondido, chaqueta sucia y manos sucias que se tambalea de un lado a otro como si el mero hecho de estar de pie fuera un tremendo esfuerzo para él; le ofrezco fuego y se cubre con las manos para encender un cigarrillo medio consumido, entonces dice: gracias, y se aleja; me detengo para observarle: camina con cierta vacilación hasta llegar a la esquina, después se vuelve de cara a la pa-

red, una figura sin rasgos, y distingo la creciente humedad oscura a sus pies, detenerme un instante para contemplarle, volverse él y alejarse con un encogimiento de hombros y una frase brutal; un borracho orinando, pienso, pero al mismo tiempo deduzco: se ha reconstruido, ha verificado su interior, ha exhumado cosas que le pertenecen y le llenan por dentro: líquidos que alguna vez formaron parte de él; eso es un proceso de autoafirmación, pienso: él es algo que yo no soy o que he dejado de ser, ha logrado obtener lo que yo pierdo poco a poco: integridad, quizá porque no tiene que callar, porque es libre para decir lo que le gusta y lo que no, pienso y golpeo con los huesos del pie el cadáver de una vieja lata en la acera, o porque ha aceptado la vida tal cual es, o quizá porque tiene hambre y sed, y necesidad de fumar, dormir y orinar en una esquina, quizá porque siente necesidades en su interior, dentro de esa intimidad de las costillas que en mí mismo forma un espacio negro: sus necesidades le llenan, y yo, satisfecho, camino vacío: eso pensé; era preciso, pues, reformarse, volver a la vida a partir de los huesos; resucitar, aunque es cierto que en algún sitio dentro de mí existían vestigios, cosas que se movían bajo las costillas o en el espacio entre éstas y el hueso púbico, pero era necesario comprobarlo; todo aturdido por el ansia, entré en uno de los bares que estaban abiertos a esas horas y me dirigí apresurado al cuarto de baño, respondiendo con un gesto al hombre que atendía la barra y que me dijo buenos días; ya en el urinario, muy nervioso, busqué mi pija semi-hundida, perdonando la frase, la extraje y meforcé un instante: tras un cierto lapso, comprobé la aparición brusca del fino chorro amarillo y sentí una distensión lenta en mi

---

## 5ª Feria del libro en Azcapotzalco

pubis que calificué como el hallazgo de la vejiga: al fin me sirves de algo, pensé mientras me sacudía la pilila, perdonando la baja; así, convertido en pura vejiga, salí a la calle de nuevo y respiré hondo: noté bolsas gemelas a ambos lados del esternón, sacos que se ampliaban con el aire frío de la mañana, y descubrí mis pulmones; en un estado de alborozo difícilmente descriptible me tomé el pulso y sentí, con la alegría de tocar el pecho de un pájaro recién nacido, el golpeteo suave de la arteria contra mi dedo, su pequeño pero nítido calor de hogar, y supe que guardaba sangre y que mi corazón había emergido; caminando hacia la consulta completé mi resurrección, la encarnación lenta de mi esqueleto; así pues, yo era pulmones y vejiga, yo era intestino, tripas, estómago, yo era músculos del pene, tendones, sangre, hígado, vesícula, bazo y páncreas, yo era glándulas y linfa, todo suave, todo lleno, ocupando intersticios como si vertieran sobre mí unas sobras de hombre: yo era, por fin, globos oculares líquidos, yo era lengua y labios, yo era el abrir lento de los párpados, la creación del paladar, la suave nariz horadada, la humedad limpia de la saliva, la lágrima tibia y el sudor de los poros; yo era sobre todo mi propio cerebro, las revueltas grises de los nervios, la masa de ideas invisibles, la voluntad, el deseo, el pensamiento; llegué a la consulta recién creado, aún sin piel pero ya formado y funcionando, atravesé el oscuro umbral con la placa dorada donde se leía «Héctor Galbo, odontólogo», preferí las escaleras y abrí la puerta con la delicadeza muscular de un relojero, con la exactitud de un ladrón o un pianista; Laura, mi secretaria, ya estaba esperándome, y el vestíbulo aparecía iluminado así como la marina enmarcada en la pared opues-

ta, y me dejé invadir por el olor a cedro de los muebles, la suavidad de la moqueta bajo los pies, y cuando mis globos oculares se movieron hacia Laura pude parpadear evidenciando mi perfección; entonces, la prueba de fuego: me incliné para saludarla con un beso y percibí la suavidad de mi mejilla, los delicados embriones de mis labios, y supe que por fin la piel había aparecido: cabello, pestañas, cejas, uñas, el florecer de mi bigote negro; besarla fue como besarme a mí mismo: buenos días, doctor Galbo, me dijo, noté las cosquillas de mi camisa sobre mi pecho velludo, muy velludo, buenos días, dije, buenos días, Laura, y percibí mi laringe en el foso oculto entre la cabeza y el pecho, sentí el aire atravesando sus infinitos tubos de órgano: buenos días, repetí despacio saludando a todo mi cuerpo reflejado en el espejo del vestíbulo, mi cuerpo con piel y sentimientos, mi cuerpo vestido, bajito, mi cabeza calva y mi rostro bigotudo: buenos días, doctor Galbo, hoy viene usted contento, dice Laura, sí, le dije, vengo aliviado, quise añadir, he orinado en un bar y he descubierto por fin que tengo vejiga, y a partir de ahí todo lo demás, pero en vez de decirle esto pregunté: ¿hay pacientes ya?, y ella: todavía no, y yo: ¿cuántos tengo citados?, y ella: cinco para la mañana, la primera es Francisca, ah sí, Francisca, dije, sí: sus prótesis darán un poco la lata, y me deleito: oh mi memoria perfecta, mis sentidos vivos, mis movimientos coordinados, sí, sí, Francisca, muy bien, y mi imaginación: porque de repente me vi avanzando hacia mi despacho con los músculos poderosos de un tigre, todo mi cuerpo a franjas negras, mis fauces abiertas, los bigotes vibrantes, los ojos de esmeralda, y mi sexo, por fin, mi sexo: porque Laura, con la mitad de años que yo, me parecía una

presa fácil para mis instintos, una captura que podía intentarse, la gacela desnuda en la sabana; ya era yo del todo, incluso con mis pensamientos malignos, incluso con mi crueldad, por fin: avíseme cuando llegue, le dije, y entré en mi despacho, me quité el abrigo y la chaqueta, me vestí con la bata blanca, inmaculada, mi bata y mi reloj a prueba de agua y de golpes, y mi anillo de matrimonio, y los periódicos que Laura me compra y deposita en la mesa, y mi ordenador y mis libros. Y mis cuadros anatómicos: secciones de la boca, dientes abiertos, mitades de cabezas, nervios, lenguas, ojos, mejor será no mirarlos, pienso, porque son hombres incompletos, yo ya estoy hecho, pienso, envuelto al fin de nuevo en mi funda limpia, recién estrenado; por fin pensar: saber que he regresado al origen, me he recobrado, he impedido mi disolución guardándome en un cuerpo recién hecho; no recuerdo cuánto tiempo estuve sentado frente al escritorio saboreando mi triunfo, pero sé que la segunda y más terrible revelación llegó después, con el primer paciente, y que a partir de entonces ya no he podido ser el mismo, peor aún, porque me he preguntado después si he sido yo mismo alguna vez, si mi integridad fue algo más que una simple ilusión: y fue cuando sonó el timbre de la puerta, el siguiente timbre, el nuevo timbre que me despertó de la última ensoñación (como el de casa de Galia, o el del despertador con sonido de trompeta de cobre, ahora el de la consulta, pensé, y no pude encontrarles relación alguna entre sí, salvo que parecían avisos repentinos, llamadas, notas eléctricas que presagiaban algo), y Laura anunció a la señora Francisca, una mujer mayor y adinerada, como Galia, como Alejandra, con las piernas flebíticas y el rostro rojizo bajo un

peinado constante, que entró con lentitud en la consulta hablando de algo que no recuerdo porque me encontraba aún absorto en el éxito de mi creación: fue verla entrar y pensar que iría a casa de Galia cuando la consulta terminara y le diría que todo seguía igual, que era posible continuar, que nada nos estorbaba, y después llegaría a mi casa y le diría a Alejandra que la quería, que nunca más sería duro con ella ni con Ameli, eso me propuse, y saludé a la señora Francisca con una sonrisa amable, y la hice sentarse en el sillón articulado, la eché hacia atrás con los pedales, la enfrenté al brillo de los focos y le pedí que abriera la boca, porque eso es lo primero que le pido a mis pacientes incluso antes de oír sus quejas por completo: como estoy acostumbrado a que esta instrucción se realice a medias, me incliné sobre ella y abrí mi propia boca para demostrarle cómo la quería: así, abra bien la boca, le dije, ah, ah, ah, y es curioso lo cerca que siempre estamos de la inocencia momentos antes de que un nuevo horror nos alcance: incluso éste aparece al principio con disimulo, revelándose en un detalle, en un suceso que, de otra manera, apenas merecería recordarse, porque mientras Francisca, obediente, abría más la boca, descubrí el último de los horrores, la luz del rayo que nunca debería contemplar un ser humano, la degradación final, tan rápida, pavorosa e inevitable como cuando presioné el timbre de Galia, pero mucho peor porque no era lo oculto, lo que era, sino lo que no era, aquello que falta, no lo que se esconde sino lo que no existe: la nueva revelación me violó, perdonando la brutalidad, de tal manera que todos mis logros anteriores adoptaron de inmediato la apariencia de un sueño que no se recuerda sino a fragmentos, e incapaz de reaccionar, per-

manecí inmóvil, inclinado sobre la mujer, ambos con la boca abierta, ella con los ojos cerrados esperando sin duda la llegada de mis instrumentos; pero como no llegaban los abrió, me vio y advirtió en mi rostro el horror más puro que cabe imaginarse: qué pasa, doctor, me dijo, qué tengo, qué tengo, pero yo me sentía incapaz de responderle, incapaz incluso de continuar allí, fingiendo, así que retrocedí, me quité la bata con delirante torpeza, la arrojé al suelo, me puse la chaqueta y salí de la habitación, corrí hacia el vestíbulo sin hacer caso a las voces de la paciente y a las preguntas de Laura, abrí la puerta, bajé las escaleras frenéticamente y salí a la calle: no sabía adónde dirigirme, ni siquiera si tenía sentido dirigirme a algún sitio; contemplé a los transeúntes con muchísima más incredulidad de la que ellos mostraron al contemplarme a mí: ¿era posible que todos ignoraran?, ¿hasta ese punto nos ha embotado la existencia?; hubo un momento terrible en el que no supe cuál debería ser mi labor: si caer en soledad por el abismo o arrastrar como un profeta a las conciencias ciegas que me rodeaban; es cierto que toda gran verdad precisa ser expresada, pero la locura de mi actual situación consistía en que esta verdad última era inexpressable: quiero decir que esta verdad final no era algo, más bien era nada, así que no podía soñar con explicarla: quizá el silencio en el gélido vacío entre las estrellas hubiera sido una explicación adecuada, pero no un silencio progresivo sino repentino y abrupto: una brecha de espacio muerto, una bomba inversa que absorbiera las cosas hacia dentro, que nos introdujera a todos en un mundo sin lugares ni tiempo donde la nada cobrara alguna especial y terrible significación, quizá entonces, pensé, y corrí por la acera intuyendo

que cada minuto desperdiciado era fatal: ¿le ocurre algo?, fue la pregunta que me hizo un individuo que aguardaba frente a un paso de peatones cuando me acerqué, y sólo entonces fui consciente de que tenía ambas manos sobre la boca, como si tratara de contener un inmenso vómito; mi respuesta fue ininteligible, porque sacudí la cabeza diciendo que no, pero esperando que él entendiera que eso era lo que me pasaba: que no; si hubiera podido hablar, habría respondido: nada, y precisamente ahí radicaba lo que me ocurría: me ocurría nada, pero era imposible hacerle comprender que nada era infinitamente peor que todos los algos que nos ocurren diariamente; no pude hacer otra cosa sino alejarme de él con las manos aún sobre la boca, corriendo sin saber por dónde iba pero con la secreta esperanza de no ir a ninguna parte, de no llegar, de seguir corriendo para siempre, porque no podía presentarme en casa de aquel modo, no con aquel fallo, sería preciso hacer cualquier cosa para remediar esa escisión, quizá comenzar desde el principio, reunir de nuevo el hilo en el ovillo, a la inversa: pensar en el instante anterior a la revelación, notar la presencia para comprender ahora la falta; pero cómo describirlo: cómo decir que había conocido de repente la boca cuando la paciente abrió la suya y yo quise indicarle cómo tenía que hacerla y abrí la mía; fue entonces: el tiempo se congeló a mi alrededor y quedé solo en medio de mi hallazgo, como un naufrago, paralizado por la revelación suprema, incapaz de comprender, al igual que con la anterior, por qué no lo había sabido hasta entonces: la boca, claro, ahí, aquí, abajo, bajo mi nariz, en mi rostro, la boca: de repente me había percatado de la verdad, tan simple e invisible debido a su propia evi-

dencia: la boca no es nada, lo comprendí al pedirle a la paciente que la abriera y al abrir la mía: ¿qué he abierto?, pensé: la boca; pero entonces, si la boca abierta también es la boca, el resultado era una oscuridad, un agujero vacío, un abismo; quiero decir que, de repente, al ver la boca, al inclinarme para verla, no la vi, pero no la vi justamente porque era eso: el no verla; si hubiera visto la boca de la misma forma que veo mis dedos, por ejemplo, no lo sería o estaría cerrada; sin embargo, el horror consiste en que una boca abierta también es una boca: como llamarle «dedos» al espacio vacío que hay entre ellos; ¡pero eso no era todo!: si aquel defecto, aquella nada, era, ¿cómo podía evitar la llegada del vacío?, ¿cómo impedir que todo siguiera siendo lo que es en la nada?, ¿cómo pretender recobrar mi cuerpo si me evacuó por ese agujero negro y absurdo?; lo comprendí: ¡si todo se hubiera cerrado a mi alrededor!, ¡si las junturas hubieran encajado perfectamente, sin interrupciones, sin oquedades!, pero tenía que estar la boca, la boca abierta que también era la boca, y ahora ¿cómo permanecer incólume?, ¿cómo seguir inmutable, conservándome dentro, si allí estaba eso que no era, esa nada negra implantada en mí?; corrí, en efecto, a ciegas, no recuerdo durante cuánto tiempo, hasta que un nuevo acontecimiento pudo más que mi propia desesperación: en una esquina, recostado en un portal, distinguí a un hombre, el borracho de aquella madrugada, que parecía dormir o agonizar: un sombrero gris le cubría casi todo el rostro salvo la barba, y allí, insertado en lo más hondo del pelo, un agujero abierto, sin dientes, sin lengua, una cosa negra y circular como una cloaca o la pupila de un cíclope ciego que me mirara, aunque yo fuera «nadie», el vacío te-

rrible, la nada; de repente se había apoderado de mí un horror supremo, un asco infinito, la conjunción final de todo lo repugnante, y me alejé desesperado cubriéndome con las manos aquel «salto», aquel «vacío» letal, atenazado por una sensación revulsiva, un pánico que era como cribar mis ideas con violencia hasta romperlas, la certeza de mi pérdida, el desprendimiento a trozos de mi voluntad frente a lo irremediable: esa boca abierta, el error por el que todo entra y todo sale, los secretos, la palabra, el vómito, la saliva, la vida, el aliento final, porque me había envuelto en mi propio cuerpo para hallar algo último que no cierra, ese terrible defecto tras los labios del beso, tras el lenguaje cotidiano, tras los gestos de comer y masticar, más allá de los dientes y la lengua, ese algo que no es el paladar ni la faringe ni la descarga de las glándulas, ese vacío que me recorre hacia dentro, el túnel deshabitado del gusano, la nada, la negación, eso que ahora empezaba a corroerme; porque si existía la boca, nada podía detener la entrada del vacío; así que cerca de casa empecé a perderme, a dividirme en secciones, a horadarme: primero fue la piel, que apenas se presiente, que es casi solamente tacto, la piel que cayó a la acera mientras corría, la piel con mi figura y mis rasgos que se me desprendió como la de un reptil mudando sus escamas, porque el vacío se introducía bajo ella como un cuchillo de aire y la separaba; entonces los músculos y los tendones, en silencio: ¿qué protección pueden ofrecer frente a los túneles de la nada?, ¿qué defensa procuran ante esa marea de vacío, ese fallo que me alcanzaba como a través de un sumidero?, también ellos caen y se desatan como cordajes de barco en una tempestad; la calle en la que vivo

recibió el tributo de la lenta pero inexorable pérdida de mis vísceras: ese trago infecto de nada, que no está pero es, provoca la caída de mi estómago y mis intestinos, mi hígado derretido y mi bazo, los pulmones sueltos que se alejan por el aire como palomas grises, el corazón que ya no late, madura, se endurece y cae, gélido como el puño de un muerto, porque nada puede latir frente a la boca, los nervios arrastrados por la acera como hilos de un títere estropeado, los ojos como gotas de leche derramada, la suave materia de mi cerebro, la exactitud de mis sentidos, la excitante delicia del deseo, la provocación del hambre y el instinto, las sensaciones, los impulsos: todo cae y se pierde, todo gotea incesante desde mi armazón, todo se va y se desvanece calle abajo; entro en casa al fin, ya solo mi esqueleto muerto y limpio, y pienso: mis hijos están en el colegio, por fortuna; me dirijo al salón y allí encuentro a Alejandra, que me mira con pasmo; se halla sentada en su sola tejiendo algo, y probablemente destejiéndolo también, creando y destruyendo en un vaivén de interminable dedicación; entonces me detengo frente a ella, aparto con lentitud las falanges blancas de mi oquedad y la descubro, por fin, en toda su horrible grandeza: la boca. abierta, las mandíbulas separadas, el enorme vacío entre maxilares, la verdadera boca que no es, desprovista del engaño de las mucosas, ese espacio negro que nada contiene, y hablo, por fin, tras lo que me parecen siglos de silencio, y mis palabras, emergiendo de ese vacío, son también vacío y horadan: Alejandra, hablo, llevo años traicionándote con una mujer que conocí en la consulta, y ella: Héctor, qué dices, y yo: es gua-

pa, pero no demasiado, cariñosa, pero no demasiado, inteligente, pero no demasiado: lo mejor que tiene es que me quiere y que intentó hacerme feliz, y que nunca me ha creado problemas salvo la necesidad de mentirme, de ocultártelo, una mujer con la que descubrí que puede haber una cierta felicidad cotidiana a la que nunca deberíamos renunciar, como hemos hecho tú y yo, ni siquiera a esa cierta felicidad cotidiana, una mujer, en fin, con la que he sabido que ya todo es igual, que incluso el pecado termina alguna vez, incluso la culpa, incluso lo prohibido, y ella: Héctor, Héctor, qué te pasa, dice, que ya basta de mentiras, respondo y me deshago de su lento abrazo y de sus lágrimas, y basta de silencio, porque era necesario hablar, pero no sólo a ti, no, no sólo a ti, y ella, gritando: ¿adónde vas?, pero su grito se me pierde con el mío propio, que ya solo oigo yo, y eso es lo terrible: porque mi garganta ha desaparecido y sólo quedan las tenues vértebras y el deseo de ser escuchado; corro entonces a casa de Galia arrastrando apenas los jirones blancos de mis huesos por la acera, y ella misma abre la puerta y grita al verme: no, Galia, no podemos seguir juntos, dije entonces, no tengo nada más que hacer aquí, tú, viuda y solitaria, yo, casado y solitario, nada que hacer, Galia, no más consuelos, no más secretos, basta de felicidad y de cariño doméstico, porque llega un instante, Galia, en que todo termina, y lo peor de todo es que tú no eres una solución: ¿por qué?, me dijo: porque es necesario decir la verdad y revelar la mentira, repliqué, aunque nos quedemos vacíos, es necesario abrir las bocas, Galia, le dije, y volcarnos en hablar y hablar y destruirlo todo con las palabras, dije, porque si algo somos, Galia, es aliento, así que es necesario, por eso lo hago, dije, y me

alejé de ella, que gritó: ¿adónde vas?, pero su grito se perdió dentro del mío, que ya era tan enorme como el silencio del cielo; y me alejé de todos, de una ciudad que no era mi ciudad, de una vida que no era mi vida, corrí ya casi llevado por el viento, las espinas delgadas de mi cuerpo flotando en el aire, corrí, volé hacia los bosques transportado por una ráfaga de brisa como el polvo o la basura, avancé por la hierba, entre los árboles, desgastándome con cada palabra: basta con eso, dije, no más hogar, no más vida, no más esfuerzo, dije, grité en silencio: ya basta de mundo y de existencia, ya basta de hacer y de procurar, soportar, callar y mirar buscando respuestas, no, no más luz sobre mis ojos, nunca otro día más, basta de desear y pretender, de conseguir y por último perder lo conseguido y enfermar y morir y terminar en nada, todo vacío, intrascendente, limitado y mediocre: basta, porque hay un error en nosotros, un hiato perenne, el sello de la nada, esta boca siempre abierta, este hueco hacia algo y desde algo, miradlo: está en vosotros, el sumidero, el vórtice; lo he soportado todo, incluso los años de silencio, los años iguales y el silencio, la muerte interior, el vacío interior, la falsa esperanza, la ausencia de deseos, pero no puedo soportar esta conexión: si tiene que existir esto, este hueco vacío y nulo, esta ausencia de mi carne y de mi cuerpo, si tiene que existir la boca, prefiero echarlo todo fuera, dejar que todo se vaya como un soplo puro, que lo oigan todos, que todos lo sepan, prefiero esto a la falsa seguridad de un cuerpo muerto, eso dije, eso grité, y me vi por fin convertido en nada, la oquedad llenando todos mis huesos abiertos como flautas mudas, desmenuzados como arena por fin, sólo esa ceniza última, apenas el rastro leve que el viento termina por bo-

---

**Otras historias**

rrar, el vacío enorme de esa boca que tiene que decir y revelar y descubrir y gritar y acusar y vaciarme hacia fuera desde dentro y mezclarme con todo, esa boca abierta e infinita del silencio absoluto por la que hablo aunque nadie oiga.

*Junio de 1995*

## **Luis Britto García**

(Caracas, 1940). Escritor venezolano. Su obra de ficción, formalmente experimental, elabora una crítica de la situación política y social de su país (*Rajatabla*, 1970; *Abrapalabra*, 1980; *La orgía imaginaria*, 1983). También se ha dedicado al ensayo, entre cuyos títulos cabe citar *El imperio contracultural: del rock a la posmodernidad* (1991). Premio Casa de las Américas en 1970 y Premio Nacional de Literatura en 1980.

## **Cristina Fallarás**

(Zaragoza, 1968). Escritora y periodista (UAB). Ha colaborado en medios de radio, prensa y televisión. Como escritora, se ha convertido en la primera mujer en ganar el Premio Hammett 2012 por *Las niñas perdidas* (2011), novela que también se alzó con el Premio de Novela Negra LH Confidencial. Ha recibido también el Premio Ciudad de Barbastro de Novela Breve 201,1 por *Últimos días en el Puesto del Este*. Debutó en 2002 con *La otra enciclopedia catalana*, a la que siguieron *Rupturas* (2003), *No acaba la noche* (2006) y *Así murió el poeta Guadalupe* (2009), finalista al Hammett 2010.

## **Joe Haldeman**

Escritor norteamericano, es uno de los grandes clásicos de la ciencia ficción de finales del siglo XX. Licenciado en Física, Haldeman luchó en la Guerra de Vietnam, siendo herido en combate. Su visión de la guerra es una parte fundamental de su obra, sobre todo en las novelas de *La guerra interminable*. Es justamente *La guerra interminable* (1975) la que le supuso su mayor éxito al conseguir el premio Hugo, el Nébulas y el Locus, aunque en su haber hay premios como el World Fantasy o el James Tiptree Jr., además de otros Hugos y Nebula conseguidos por cuentos y novelas cortas.

## **José Carlos Somoza**

(La Habana, Cuba. 1954) Desde muy niño residió en la ciudad de Madrid. Estudió medicina y se especializó en psiquiatría, abandonando su profesión para dedicarse por completo a la literatura a mediados de los años 90. Ha recibido varios premios, como el de guión radiofónico organizado por Radio Exterior de España, el accésit del Gabriel Sijé por la novela corta *Planos* (1994) o el Cervantes de Teatro por su obra *Miguel Will* (1997), con *Silencio de Blanca* (1996) ganó el premio de La Sonrisa Vertical. Otros títulos del autor son: *Cartas de un asesino insignificante* (1999), *La Caverna de las ideas* (2000), *La dama número trece* (2003) y *La caja de marfil* (2004).

# ÍNDICE

## **Luis Britto García**

QUÉ, CUÁNDO, DÓNDE, QUIÉN, CÓMO, POR QUÉ.....	7
DIEZ MANDAMIENTOS PARA LA COMUNICACIÓN REVOLUCIONARIA...	11
LA VERDAD SOBRE LA INSEGURIDAD.....	14

## **Cristina Fallarás**

POR LA RUTA DE LAS SEGUNDAS RESIDENCIAS.....	23
JUGANDO SOLA.....	28
MALA RAZA.....	35
SOBRE EL FÚTBOL/ FRANKENSTEIN 3050.....	45

## **Joe Haldeman**

LA SUMA DE TODAS SUS PARTES.....	55
----------------------------------	----

## **José Carlos Somoza**

LA BOCA.....	85
--------------	----

Este libro se imprimió en la Ciudad de México  
en el mes de abril de 2014.

Es cortesía de la Delegación Azcapotzalco y  
Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.  
Todos los derechos reservados.